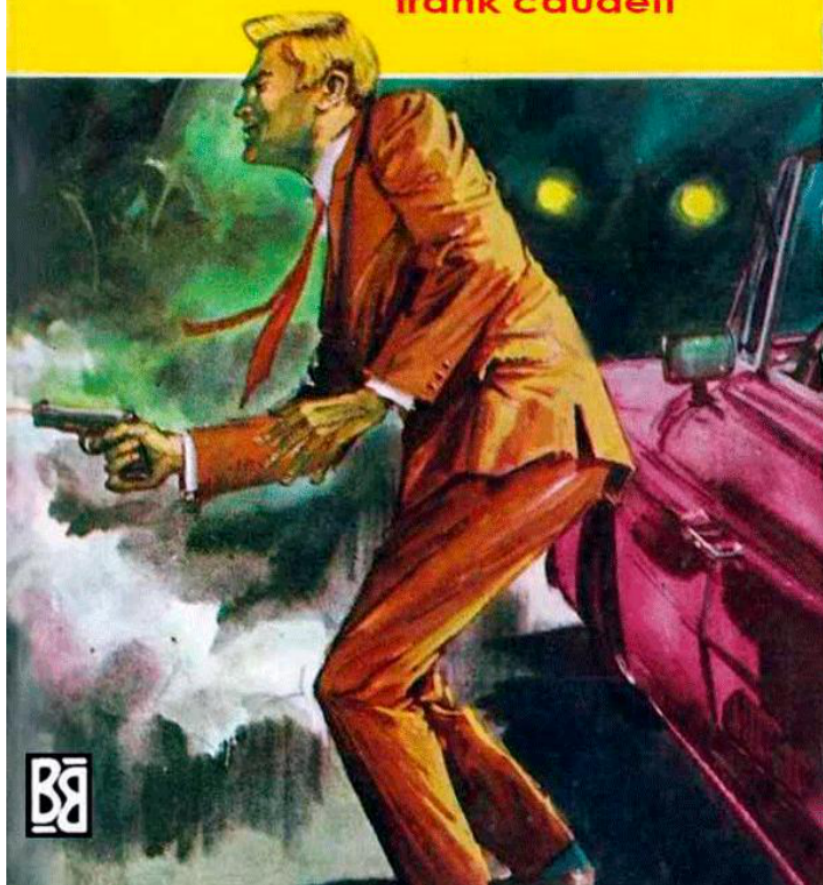


PUNTO

ROJO

esto es la ley

frank caudett



BB

COLECCION

PUNTO ROJO



FRANK CAUDET

ESTO ES LA LEY

Colección **PUNTO ROJO** n.º 282
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 16.815 - 1967

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: agosto, 1967

© FRANK CAUDET - 1967
sobre la parte literaria

©
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

FEDERAL BUREAU OF INVESTIGATION

Debí leer en alguna parte lo que ha dado título a esta novela.

Y quizá, al recordar hoy lo que leí entonces he pensado en que se ha escrito mucho sobre las tres letras, las siglas que resumen a una de las organizaciones policíacas más eficientes del mundo.

Al decir se ha escrito, me refiero a que se ha... permíteme que así lo diga, a que se ha abusado mucho de la abreviatura F.B.I.

Incluso se ha dicho: «Esto es F.B.I.», para no decir nada, para no explicar nada concreto acerca del F.B.I.

Considero que el contar o explicar, empleando más o menos cuartillas, que en el año tal un agente del F.B.I., detuvo al delincuente cual, reclamado por este o aquel delito... eso, no es hablar del «Federal Bureau of Investigation», ni decir tampoco: «Esto es F.B.I.».

Esta exposición, como otras muchas que se hacen en la vida, es un punto de vista, es, mejor dicho, mi punto de vista amigo lector.

Pero me valgo de cierta lógica.

Estoy seguro, casi seguro, que a pesar de lo mucho que has leído, de lo mucho que te han escrito para que leas sobre el F.B.I., digo que estoy casi seguro de que ignoras que...

Existen cuarenta mil agencias de, ley de enjuiciamiento, independiente y separado en los Estados Unidos de América. Existen las fuerzas de policía de diecinueve mil poblaciones, dieciséis mil municipalidades, tres mil condados y las fuerzas adicionales que se ocupan de parciales o limitados aspectos de la ley de enjuiciamiento. A todo esto hay que añadir aproximadamente veinte agencias federales de la ley de enjuiciamiento, a cargo de los departamentos del Gobierno Federal como el Tesoro, Correos, La Armada, el Ejército, la Fuerza del Aire, la Agricultura, el Ministerio del Interior y el del Comercio. A un lado de todas estas agencias especializadas, existe el Departamento Federal —«Federal Bureau of

Investigaron»—, más conocido por las siglas F.B.I., bajo la dirección general del fiscal general de los Estados Unidos y la orgánica de John Edgar Hoover. El Departamento Federal ejerce jurisdicción policiaca sobre todos los delitos que no se hallan relacionados con los asuntos tratados por las demás agencias; tiene cierta responsabilidad civil y actualmente se encarga también de la seguridad interna de los Estados Unidos.

Enumerar la amplia gama de delitos que recaen dentro de la jurisdicción federal, amén de extenso, sería monótono y anodino. Pero eso sí, hay que hacer hincapié en que no son sólo delitos de tipo criminal, ni delitos tan siquiera, los múltiples puntos y las diversas facetas en que se desenvuelve el F.B.I.. Por ejemplo, como curiosidad casi de tipo anecdótico, podría citarse que el Departamento Federal tiene que ver, ¡aunque parezca inverosímil!, con las aves inmigrantes.

¿Te habían dicho eso alguna vez, amigo lector?

Prosiguiendo este prólogo escueto que es curioso conocer, diremos que el F.B.I., quedó firmemente ligado a la ley de enjuiciamiento en los años de intervalo entre las dos grandes guerras pasadas. La era de la Prohibición —«Enmienda decimoctava de la Constitución, o Ley Volstead»— y los gangsters plantearon problemas que solamente podían ser atacados desde un nivel federal, y esa ardua tarea emprendió el F.B.I.. Pero se necesitaba el apoyo del Congreso, por ello se aprobaron varios estatutos federales para otorgarle el poder legal necesario. Ejemplo de tal legislación fueron el Acta de Secuestros que fue originada por el famosísimo caso Lindbergh, el Acta de Propiedad Nacional Robada, el Acta de Extorsión Federal y el Acta Federal de Robos Bancarios. Todas estas Actas le dieron al F.B.I., los instrumentos legales que requería, y en 1935 pudo proclamar haber conquistado la iniciativa en la batalla contra las bandas y el crimen organizado en gran escala. En este aspecto, hoy en día, el F.B.I., actúa bajo ciento treinta estatutos federales, incluyendo el de la bancarrota.

En el aspecto de los servicios de adiestramiento y técnica centralizada, el F.B.I., ostenta un récord impresionante. La inmensidad de los Estados Unidos y la multitud de fuerzas policiacas locales controladas, hace que el problema del mantenimiento de archivos de identificación sea de primera

magnitud. Este problema ya fue reconocido en 1871, cuando la Convención de la Policía Nacional, celebrada en San Luis, atrajo hacia el mismo la atención. En 1896, la Asociación Internacional de Jefes de Policía estableció una cámara de compensación para los archivos de identificación en Chicago, que más adelante fue transferido a Washington, D. C. Esta cámara era mantenida por la contribución de ciento cincuenta fuerzas de la policía. El desenvolvimiento de dicha cámara se vio obstaculizado por la lenta transformación del sistema de Bertillon al de las huellas dactilares, y durante algún tiempo se emplearon ambos sistemas a la vez. En 1924, la Asociación negoció con las autoridades federales para que asumieran la responsabilidad de la cámara de compensación, y en dicho año los archivos se combinaron con los índices dactilares que habían sido establecidos por la prisión federal de Leavenworth (Kansas). Ambas series de archivos se trasladaron al F.B.I., donde se atacó el problema con su vigor característico. Sin embargo, no fue hasta 1930 que el Congreso concedió autoridad formal al «Bureau» para, inaugurar un departamento central de identificación. En la actualidad, la colección de huellas dactilares que posee el F.B.I., es la mayor del mundo, teniendo unos treinta y siete millones y medio de archivos criminales y aproximadamente ciento veinte millones setecientos mil que no lo son. Se llevan archivos de una sola huella dactilar, y también descriptivos de personas desaparecidas y bienes robados. El F.B.I., edita un boletín semana que da amplia publicidad a los reportajes criminales siendo repartido por todas las agencias de ley de enjuiciamiento de los Estados Unidos.

El F.B.I., también actúa con un laboratorio contra del crimen. El primer laboratorio de ciencia forense de América se estableció en 1929 con capital privado en la Universidad Noroeste de Chicago, aunque este aspecto particular de la labor policíaca también ha sufrido un gran incremento en Europa. Tres años después, el F.B.I., inauguró su laboratorio propio y ahora se ocupa de más de quince mil exámenes al año, poniendo además todo: sus recursos a disposición de algunas fuerzas de policía que necesitan asistencia y, de este modo, ha dado las mayores facilidades científicas al alcance de las organizaciones de orden menor. El personal de los laboratorios es llamado con mucha frecuencia para testificar en todos aquellos casos en que se requiere la ayuda de expertos

científicos.

Una de las más importantes funciones del «Federal Bureau of Investigation» es corregir y consolidar la; estadísticas criminales, que así se hallan al alcance de la mano de las partes interesadas. De esta forma, las demás fuerzas policíacas pueden tener una idea concreta de las actividades criminales.

La diversidad de policías y de controles locales debió inevitablemente dificultar las operaciones policiales. No todas las organizaciones de policía son capaces de sostener escuelas de entrenamiento con las adecuadas facilidades. En este aspecto el F.B.I., ha aportado una más notable contribución a la ley de enjuiciamiento de los Estados Unidos.

El F.B.I., proporciona entrenamiento especial para la enseñanza en los centros independientes mediante instructores experimentados, en especial con relación a los diversos temas relativos a la práctica policial, y para la administración de este esquema, el país se halla dividido en zonas de entrenamiento, y se sostiene un adecuado personal de adiestramiento en cada zona para ayudar a los centros locales de entrenamiento cuando así se necesita. Se calcula que unos sesenta mil oficiales de policía pasan por estos cursos de entrenamiento cada año. Los temas abarcan, desde el entreno con armas, hasta la familiarización con los últimos inventos técnicos en el descubrimiento y detección del crimen.

En el terreno del alto entreno, el F.B.I., fundó la Academia Nacional de Policía en 1935, particularmente para la enseñanza de instructores para el Estado y las fuerzas de policía local. Los cursos duran doce semanas y casi la mitad de estudiantes que pasan por la academia quedan subsiguientemente empleados como instructores de sus propias fuerzas y la otra mitad ocupan ya enseguida cargos de mayor responsabilidad. La academia está dirigida por oficiales de la policía local y estatal, además del personal del F.B.I.

Mediante su activo programa de entrenamiento, el F.B.I., ha causado una profunda impresión en el ánimo general de todas las fuerzas de policía de Estados Unidos, del mundo inclusive, y gracias al empuje de la organización y a su destreza en perfeccionar a los agentes, el F.B.I., ha logrado desterrar las sospechas y las críticas que su fundación despertó, llegando a ser reconocida como la mejor organización de la ley de enjuiciamiento de los Estados Unidos de

América.

Así es, lector, lo que no te habían dicho del F.B.I.

Vayamos ahora a ver como interviene el «Federal Bureau of Investigation» en aquellos casos que escapan al ámbito de otras organizaciones, enterémonos de cómo actúan sus hombres, sus agentes especiales...

Es posible que así podamos decir, de veras. ¡Esto es F.B.I.!

SE GESTA UN DELITO FEDERAL

—Capitán Warren Butler de la Policía Metropolitana. Anúnciame al director.

El ordenanza inclinó la cabeza respetuosamente.

—En seguida, capitán.

Se perdió pasillo abajo, regresando por el mismo lugar cinco minutos después.

Dijo:

—Tenga la bondad de seguirme.

Butler marchó tras él por donde antes le viera desaparecer.

Doblaron el recodo y siguieron por la izquierda. Hasta que el ordenanza se detuvo en la tercera puerta. La que ostentaba un negro letrero sobre el cristal esmerilado, que decía: «Private Direction».

Golpeó el hombre suavemente con los nudillos. Abrió sin esperar respuesta, anunció:

—Capitán Butler de la Policía Metropolitana.

Un hombre entrado en años, alrededor de los cincuenta aproximadamente, apartó la vista de la móntala le papeles que tenía encima de la mesa.

Invitó:

—Adelante, capitán. Tenga la amabilidad de acomodarse.

Lo hizo frente a la mesa en una fresca butaca de espuma.

El otro, recuperó su posición.

Se estudiaron unos minutos en silencio.

—¿A qué debo el honor de su visita, capitán?

Warren Butler, hombre de anchas espaldas, recio, vigoroso, curtido el rostro, facciones vulgares, mediana estatura, cabello ralo y expresión huraña, nunca se había distinguido precisamente por sus dotes diplomáticas.

Ni por su excesiva amabilidad.

Tampoco por un derroche de inteligencia.

Pero había sabido aprovechar las oportunidades, la cual, vale en la vida más que amabilidad e inteligencia unidas.

Soltó a boca de jarro:

—Sabemos por confidencias, que el Banco que usted dirige va a ser objeto de un atraco, señor Clarkson.

El director de la «New York Banking & Trust Corporation» dio un brinco en su butaca.

El rostro afable y tranquilo de facciones severas por correctas, mudó de expresión radicalmente.

Deslizó una mano por los canosos aladares.

Clavó sus ojos grises en la figura del policía.

—¿Ha dicho... un *atraco*?

—Me precio de hablar muy correctamente nuestro idioma —repuso el otro con cierta brusquedad.

Laurel Clarkson, siguió mesándose los cabellos.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

Un silencio.

—¡Pero...! —exclamó el director de repente—, ¡es absurdo! Si usted sabe que va a cometerse un asalto ¿cómo no está haciendo ya por impedirlo?

Butler sonrió forzosamente.

—Porque en este país, señor director, no se puede detener a la gente hasta después de haber cometido lo: delitos, so pena de que se les enganche *in fraganti*.

—Me ha dicho que tiene confidencias. Por lo tanto...

—Por lo tanto —le atajó el capitán, virulento—, e confidente se ha limitado a «soplarnos» que ha oído algo acerca del golpe que se planea contra este banco. Ignora la identidad de los asaltantes... o prefiere ignorarla. ¿Está claro?

El director, consternado, sin acabar de comprender todo aquello, pidió por el intercomunicador que le trajeran inmediatamente un café bien cargado sin azúcar.

—Y... ¿qué piensa hacer usted, capitán?

Otra de las sonrisas de Butler.

—Proponer a los atracadores para una medalla por su amor y

sacrificio al trabajo, ¿le parece bien?

Clarkson, temblando su barbilla de nerviosismo e indignación, respondió, tratando de contenerse:

—No creo que sea el momento más adecuado para sarcasmos.

—Ni para preguntas estúpidas.

Entró una camarera con la taza de café.

Clarkson lo apuró de un sorbo.

—¿Qué sugiere? —inquirió, limpiándose los labios con un pañuelo.

—No sugiero. Necesito plena libertad para atrapar a la cuadrilla completa.

—¿Cómo?

—Esperando a los gangsters dentro del Banco.

Clarkson soltó un respingo.

—¿Insinúa que debemos permitir que penetren los atracadores en nuestras oficinas?

—Por el hecho de estar paseando por delante del Banco, señor director, no puedo detenerlos. El «commissioner» me colgaría la «chaqueta» en cuarenta y ocho lloras. Además, señor Clarkson, le seré sincero. Este Banco pertenece a la reserva federal. Si se consuma el atraco y no logro impedirlo, el asunto caerá de lleno en la jurisdicción del F.B.I., y yo me veré en una postura muy incómoda amén de ridícula.

Clarkson no hizo comentarios. Sólo preguntó:

—¿Cómo piensa actuar?

—Ya se lo he dicho. Esperando a los asaltantes aquí dentro. Es la única solución. Desconocemos la identidad de los malhechores pero sabemos que el robó en cuestión ha sido proyectado, y que esta noche se llevará a cabo. No hay, por consiguiente, más remedio que dejarlos seguir adelante con su plan para pillarlos con las manos en la masa.

—¿Cree que lo conseguirá?

—¿Tengo cara de idiota, señor director?

—De muy listo, desde luego que no.

Pero Clarkson quiso ahorrar discusiones. Era mucho lo que estaba en juego para distraerse con polémicas banales.

—Me imagino que conoce su oficio, capitán.

—Compartimos esa opinión.

—¿Qué debo hacer yo, capitán?

Butler soltó un soplo.

—En primer lugar, absoluta reserva. Le supongo con el suficiente criterio como para comprender que cualquier indiscreción echaría por tierra mis planes. Que la banda sospeche, y *good-evening* a nuestras esperanzas de atraparla. Se limitarán a posponer la fecha y perpetrar el asalto cuando menos lo pensemos.

—Es obvio que seguiré sus instrucciones, capitán. ¿Olvida que mis intereses, mi cargo y mi prestigio está en liza?

—Aproximadamente igual ando yo, amigo Clarkson.

—Bueno... de una vez, ¿qué debo hacer?

—Evitar que ni una sola persona de las que está a sus órdenes advierta la presencia de los seis agentes que vendrán conmigo al atardecer.

—Un tanto difícil...

Butler soltó una imprecación.

—¿Difícil para el director del Banco, señor Clarkson? —inquirió desabrido.

—Hasta para el director del Banco, capitán Bulle si los agentes hacen su aparición en horas de oficina.

—¡Claro! —estalló el policía—. Vendremos a hora de oficina y con un letrero en la espalda que diga: «Somos de la *bofia* y estamos aquí para atrapar unos ladrones que vendrán esta noche». Pero... ¿se ha creído que me licencié en Harvard, doctorado de la imbecilidad, de la idiotez, de la... del cuerno...?

—¡No tolero sus insolencias! ¡Por muy capitán de la Policía Metropolitana que sea!

Clarkson había enrojecido hasta las orejas.

—Oiga, señor director —siseó el otro como las serpientes—, a este ritmo estaremos discutiendo mientras esos tipos le vacían a usted las arcas. ¿Quién le ha dicho que los agentes se presentarán en horas de oficina? ¿Quiere atenderme de una definitiva vez? Usted a sus asuntos financieros... y yo a los míos. De atracos, sin ánimo de jactarme, entiendo un poquitín más que usted.

—Le escucho, capitán.

—¿Hay acceso a las oficinas del Banco por el portal adyacente?

—Sí. Por el pisó principal que pertenece a la entidad.

—Perfecto. Desde ese piso debe existir una escalera que conduce

a la planta baja, que es donde imagino se encuentra la cámara acorazada.

—Exacto, capitán.

—Usted se quedará en la oficina hasta que el último de sus empleados se haya marchado...

—Le prometí ayer a mi esposa llevarla esta noche a la ópera.

—¡Ah, bueno! Si eso es más importante, ¡adelante con Puccini!

—Me refiero a que habré de argüir una excusa verosímil a mi retraso. ¿O lo cuento lo del robo?

—Eso... ¡ni a su madre! Invente el camelo que le dé la gana. De todas formas, si procura que el personal se largue pronto, podrá usted asistir con su distinguida esposa al teatro. ¿Alguna bobada más, señor director?

Clarkson, pese a sus buenas formas y su educación, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contenerse.

—Siga, capitán.

—Los agentes, de paisano por supuesto, irán llegando separadamente. Yo seré el último. Subirán a distintos pisos para asegurarse de que nadie los sigue, luego, convergerán todos en el principal. Cuando yo llegue, usted nos conducirá a la planta baja instalándonos en puntos estratégicos. ¿Hay vigilante nocturno, verdad?

—Desde luego.

—De acuerdo. Él se unirá a nosotros.

—Lo que significa...

—Que deberá usted ponerle al corriente del asunto. ¿Alguna duda... alguna objeción... alguna pregunta?

—Nada, capitán. Todo se hará conforme usted ordena.

Butler se puso en pie.

—Buenos días, señor Clarkson.

Dio media vuelta, largándose sin tan siquiera tenderle la mano.

El vigilante nocturno no se había puesto precisamente como unas castañuelas al enterarse del asunto.

¡Nada menos que un atraco!

En su vida se las había visto más «gordas».

De todas formas, fue serenándose al comprobar cómo los agentes al mando del capitán Butler, iban repartiéndose estratégicamente por el sótano.

Empezó a efectuar su habitual recorrido, sintiendo mayor tranquilidad cada vez que pasaba por delante de alguno de los sitios donde había un agente apostado.

Las horas transcurrieron con mayor lentitud que ningún día sin que se produjera incidente alguno.

¿Se habrían enterado los atracadores de los preparativos de la policía por impedir su acción y decidido aplazar el golpe para mejor ocasión?

Eso hizo estremecer al vigilante.

De suceder así... ¡valga el Cielo!, lo atraparían solo.

En el reloj situado en el muro izquierdo las agujas, alcanzaron la una de la madrugada.

El vigilante llegó en su ronda hasta la puerta que daba al pasillo donde se iniciaban las escaleras que conducían al piso superior.

Giró sobre los talones, dio un par de pasos iniciando de nuevo el recorrido.

Nada oyó.

No tuvo ni el menor aviso de la inminencia de un peligro.

El antebrazo que se anudó alrededor de su gárgula lo pilló por completo desprevenido. Una mano le tapó la boca ahogando el grito de alarma que pugnaba por escapar de sus labios.

Trató de escapar al estrangulador abrazo.

Hizo un débil intento de sacar la pistola que llevaba en el bolsillo de la chaqueta.

Nada.

En menos tiempo del que necesitó para comprenderlo, encontré atado, amordazado y sin pistola.

Lo arrojaron al suelo después de haberlo reducido a la más completa impotencia.

Estaba atontado. Sin comprender el suceso. Preguntándose qué habrían estado haciendo los agentes mientras se efectuaba el ataque.

Encogiéndose las piernas, clavando los tacones contra el suelo, arqueando el cuerpo, resbalando por el piso, reptó por la pared no sin enormes dificultades y logró ponerse derecho apoyándose contra aquélla.

Su consternación fue absoluta.

Porque comprobó que los policías, incluido el capitán Butler, no

habían corrido mejor suerte que él.

Un grupo de hombres que llevaban la cabeza enfundada en sacos de lona, practicados un par de agujeros a la altura de los ojos, y vistiendo monos de color negro estaban maniobrando por el sótano a entera tranquilidad.

¡Uno de ellos estaba abriendo en aquel momento la puerta de la cámara acorazada!

Insólito. Imposible. La puerta estaba a prueba de bomba. La cámara inexpugnable. Con mecanismos electrónicos complicados. Con una combinación secreta sólo conocida por el cajero, sus dos ayudantes y el director.

Con un dispositivo ultramoderno que sólo permití que se abriera, aun conociendo la combinación, a una hora de antemano fijada.

Hubiera sido preciso desarrollar una fuerza poco menos que imposible para desplazar la plancha metálica. Y de hacerlo por medio de nitroglicerina, la explosión se hubiese escuchado en varios kilómetros a la redonda, amén de que todos los sistemas de alarma si hubieran puesto en funcionamiento.

Pero nada de eso sucedió.

El enmascarado estaba terminando de abrir la cámara con una tranquilidad pasmosa. Sin explosiones sin ruido, sin que sonaran las alarmas y... ¡a una hora que no hubiese podido hacerlo ni el director ni el propio cajero!

Ya estaba.

Penetraron varios enmascarados tras el que había abierto.

Pero uno de los dos que quedaron de vigilancia, percatándose de que el vigilante había conseguido observa: su maniobra, se acercó a él descargándole un violento culatazo sobre la nuca.

Resbaló el hombre por la pared, apelotonándose en tierra como un muñeco desmadejado.

Renato Cioni, tenor; Joan Sutherland, soprano; Anna di Stasio, *mezzosoprano*.

Se habían consagrado aquella noche en el «Metropolitan Opera House» tras la maravillosa interpretación que acababan de efectuar del inmortal libreto de Verdi, *Rigoletto*.

Soberbio espectáculo.

Atronadores aplausos.

Delirante ovación.

Encomiásticos los comentarios.

Un fanático, trajeado como debe ir un caballero en el patio de butacas del «Metropolitan», afirmó contundente que, ni la Callas, ni la Tebaldi, ni nadie... ¡nadie como la Sutherland!

Otro arguyo que eran voces diferentes.

Pero al fanático, ningún razonamiento le hizo cambiar de opinión mientras se rompía las manos aplaudiendo.

En cualquier otro instante nadie hubiese aventajado en entusiasmo a un consumado melómano y entendido como lo era Laurel Clarkson.

Nadie como él hubiese expresado su satisfacción con reiterados y prolongados aplausos.

Pero no aquella noche.

No durante aquella representación en la que para él no había existido «La donna e mobile».

Ni la Sutherland.

—¿Te ocurre algo, querido? Pareces como ausente —le dijo su esposa al oído.

Clarkson pareció regresar de muy lejos.

—¡Oh, no, Marian! —fingió sonreír—. Por supuesto que nada me sucede. Simplemente que hoy he tenido un día agotador y...

La enjoyada dama, exclamó:

—¡Dichosos negocios! Os apartan del hogar... y a ti, hasta de la buena música, que ya es extraño.

Clarkson no podía confesar el porqué de su actitud.

En su interior, con sólo imaginar que los estratégicos planes del capitán Butler hubieran fracasado, bullían oleadas de espanto.

¿Infundados sus temores?

Totalmente; lo comprendía.

Pero le era imposible remediarlo.

Por eso hubiera regresado a casa a toda prisa, de no ser porque su esposa, mientras abandonaban el teatro, le dijo:

—Laurel... ¿sabes lo que necesitas?

Arqueó las cejas al mirarla.

—No. Dímelo.

—¡Distracción! Mucha distracción. Y para demostrarte que soy

comprensiva y poco celosa, te permitiré que me lleves a uno de esos clubs nocturnos donde se exhiben mujeres jóvenes, bonitas y lujuriosas... con muy poca ropita.

¡Maldita la gracia que le hacía ver mujeres con poca ropita!

Pero se vio obligado, precepto elemental de espose a acceder.

En cuanto llegaron a un club de la Calle 52 Oeste Clarkson, pretextando ir al lavabo, se dirigió velozmente a la cabina telefónica.

En el listín encontró el número de teléfono de la Jefatura que capitaneaba Butler.

Disco en el dial.

—Jefatura de Policía —dijo una voz cuando descolgaron al otro lado—. Sargento de guardia al aparato ¿quién habla?

—Soy Laurence Clarkson, director de la «New York Banking & Trust Corporation». Comuníqueme con el capitán Butler.

—Un momento.

Transcurrieron varios minutos de silencio. Luego, la voz seca, brusca, irascible, diciendo:

—Butler al aparato. Venga inmediatamente a la Jefatura, señor Clarkson.

Se le puso la piel de gallina.

—¡Pero...! ¿Quiere decirme lo que ha ocurrido?

Un silencio.

—Fracaso absoluto. Lo siento... más de lo que usted pueda sentirlo, Clarkson. No hemos podido impedir que... *asaltaran el Banco*.

—¡Qué! ¿Cómo...? ¡Capitán!, ¿se ha vuelto loco?

Le temblaba el auricular en la mano.

Una pincelada de cadavérico blanco había descendido sobre su rostro, tenía las facciones contraídas, los ojos desorbitados, oscilante el labio inferior.

—Por desgracia, estoy muy cuerdo, Clarkson. Venga aquí inmediatamente.

Colgó el capitán con seco chasquido.

Laurence Clarkson, atónito, sin escapar a su estupor, mantuvo el auricular en la mano mirándolo con estúpida expresión.

¡No... no podía ser verdad!

Colgó lentamente. Como un autómata.
¡Habían asaltado el Banco...!
¡Su Banco!

INTERVIENE EL F.B.I

La voz era cálida, algo gangosa, profunda, llena de una sensual cadencia, modulando con exquisito sentimiento la incitante letra de aquella melodía.

*Yo quiero estar contigo
sólo contigo,
amor, amor.*

*Mira cómo me tienes,
hasta que vienes...*

*Yo quiero estar contigo
sólo contigo,
amor, amor.*

*Mira cómo me tienes,
hasta que vienes...*

Ondulaban sus caderas reptando como un sangrante ofidio. Las piernas largas y modeladas en bronce, se movían siguiendo el cadencioso ritmo de la música en pasos mórbidos y breves. La cintura daba la impresión de estar quebrándose, contagiando sus contorsiones insinuantes al busto agresivo de la mujer.

No había un solo par de ojos masculinos que no estuviera absorto, pendiente, embelesado, atraído magnéticamente por el más insignificante movimiento de aquel ser escultural.

Y ella, abriendo y cerrando su boca de golosos labios, no apartaba el raudal luminoso de sus ojos ambarinos del hombre que se hallaba sentado solo, fumando con deleite, en uno de los veladores más cercano a la pista.

Terminó la pieza.

Se inclinó tan graciosamente, que una mancha blanca, tersa, vibrante, moteó a la altura del agudo escote el negro reluciente de

su atrevido atuendo.

El hombre seguía fumando.

Sin que sus manos contribuyeran lo más mínimo en hacer más estruendosa la salva de aplausos que premiaba la femenina actuación.

Ella, en lugar de retirarse hacia el pasillo que conducía a los camerinos, dejó atrás la pista y tras serpentear entre algunas mesas, fue a sentarse frente al tipo que apuraba el oloroso cigarrillo.

—Ni tan siquiera aplaudes, Tony.

Mientras más de uno miraba al afortunado mortal que conseguía acaparar a la bella morenaza, con envidia, odio, desencanto o fastidio, él, apenas si demostraba prestar excesiva atención a la montaña de bronceos encantos que se había sentado enfrente.

Aplastó la colilla en el interior del cenicero.

—Nunca aplaudo, encanto.

—¿A mí tampoco?

—A ti tampoco, Myrna.

Un mohín de disgusto se formó en los sensuales labios de ella.

—Un trago por lo menos, ¿no?

—Como quieras.

Chasqueó los dedos de la diestra para que se acercase el camarero.

—Un *whisky* —pidió Myrna—. Sin soda. Bien seco.

Se miraron en silencio.

—¿Por qué vienes entonces, Tony?

—Me gusta verte, encanto.

—¿Es un requiebro?

—Es la verdad.

Aquel par de luminosos ojos que se desenvolvían dentro de unas órbitas elípticas, miraron fijamente la silueta masculina.

Alto. Apuesto. Atractivamente varonil. Rubio el cabello peinado con raya y desconcertantes los negros ojos que debieran haber sido azules.

Eso le daba gran personalidad.

Junto con el rictus algo despectivo de su boca rojiza y carnosa.

Al lado de sus anchos hombros, de su torso atlético, de sus miembros ágiles y elásticos.

Se presentó el camarero con el *whisky* sin soda.

Bien seco.

Cabeza inclinada, ojos a ras de cristal.

Dijo, tras el sorbo:

—Te quiero, Tony.

Prendió un nuevo pitillo.

—No es nada nuevo, Myrna. Me lo dijiste a las dos horas de conocernos. Por eso no te creí entonces... ni tampoco ahora.

Se inclinó.

Ofreciendo un atisbo de sus turgentes prominencias.

—Mi actuación ha terminado. Llévame a casa. Quiero que sepas que te amo.

Expulsó una bocanada de humo.

—¿Tienes tu coche afuera?

—Sí...

—Vamos. No soy tan reacio a las pruebas de amor como a los aplausos.

—Voy por mi abrigo... toma las llaves. El segundo de la izquierda en la zona de aparcamiento.

Correcto.

Un «Nash» de color crema.

La esperó con el motor en marcha.

Ella, se acomodó de una forma, que ni el abrigo ni la falda, impidieron al hombre contemplar un par de maravillosas y bronceadas rodillas.

—Tornas demasiado el sol, encanto.

—No llega a todas partes...

Fura el vehículo en marcha.

Las tres de la madrugada y algo más.

Cuando Tony Kestrel llegó al portal del edificio donde se ubicaba su apartamento.

Moderno.

De reciente construcción.

Vio luz por el pequeño resquicio que existía entre la puerta y el suelo.

«Tiró» de la automática.

Abrió bruscamente.

—¡Buenas noches, hermano! ¿Puedo pasar?

Sonrió.

La automática fue devuelta inmediatamente a la funda axilar.

—No son horas para que un hombre de su edad ande por el mundo, señor. Ni aún en un lugar tan civilizado como Washington.

Estaba sentado en una butaca del recibidor.

Cabello plateado, rostro de piel arrugada y facciones de sempiterna expresión afable.

Vestido con exquisita corrección.

—Me sonroja el pensar en preguntarte de dónde vienes a estas horas, Tony. Imaginaré que son las seis de la tarde. ¿Has ido al cine?

Tony se dejó caer en una butaca vecina.

—Myrna —sonrió—. Coproducción latinoamericana. Rodaba en Totalscope y Panavisión. Color por Deluxe Costarring, Tony Kestrel. Papel bien logrado. ¡Ah!, ¿no es allanamiento de morada con premeditación y nocturnidad el introducirse a esta hora en la propiedad ajena?

Sonrió el de los cabellos plateados.

—Los golfos no deberían tener un lugar en esa organización tan seria llamada F.B.I.

—Por algo será, señor.

Frunció el entrecejo.

Dejó caer sus ojos grises en la carpeta de amarilla cubierta que descansaba sobre sus rodillas.

—¿Te gusta Nueva York, «por algo será»?

Prefiero a Myrna. Dice que me ama. Se ha esforzado mucho para que consiguiera creérmelo.

Rió el otro silenciosamente.

Te engaña. Están todas cortadas bajo el mismo patrón.

¿También su esposa?

Enrojeció el de los cabellos plata.

—¡Tony!

—Me ha parecido oír... «todas». ¿No irá a salirme con el cuento de que la excepción confirma la regla?

Matthew Walwort, soltó una breve carcajada. Parecía imposible que un jefe del «Federal Bureau of Investigation» le riera a un subordinado las bromas pesadas.

Subordinados como Kestrel habían pocos.

—Estoy convencido de que los aires del Empire State Building te

sentarán maravillosamente bien. ¿No opinas como yo?

—Si lo dice usted... es suficiente para que opine lo contrario.

—Vuelo 718 de TWA. Sale a las ocho cuarenta. Me he molestado en reservarte una plaza. Son ahora... —consultó su reloj de pulsera—, las cuatro menos veinte. ¿Te cuento una historia?

Tony se despojó de la americana.

La camisa blanca estaba salpicada de unas elocuentes manchas rojizas, con cierta alegoría a lápiz labial.

—Usa un *rouge* muy estridente, Tony —ironizó Walwort.

—¿Así empieza la historia?

—Así, termina. Lo siento por Myrna. Tendrá que buscar un nuevo galán para su próxima coproducción. Pero no sufras, Tony; si es una chica perseverante, no tardará en encontrarlo.

El muchacho echó atrás la cabeza. Hizo un gesto con ambas manos.

—¡Vaya si lo es! Perseverante, consecuente, persuasiva y convincente. ¿La historia?

Matthew Walwort abrió la carpeta.

—Atraco al «Baltimore

Bank & C.^o»,

sucursal de Nueva York. Hace tres meses. Un millón setecientos cincuenta mil dólares.

—¡Se ponen por nada!, ¿eh?

—La «módica» cantidad, tras las peregrinas pesquisas de la policía local, llevan el asunto hasta el F.B.I. ¿Me sigues?

—Muy de cerca, señor.

—La máquina ya está en marcha. Comprobación de todo el personal. Desde el último botones hasta el di rector. De momento, nada. Sólo se sabe que los asaltantes vestían un mono negro y se cubrían la cabeza con un saco de lona a modo de capucha.

—Poco original.

Rió el otro de mala gana.

—¿Te callas? Los asaltantes son vistos por el vigilante de la zona en el momento de subir a un camión. Les da el alto y antes de que tenga tiempo de usar su revólver lo tienden en la acera de dos balazos. Con suerte. Ambos en las piernas. No obstante puede tomar nota de la matrícula. De Pittsburg, Pennsylvania. El camión aparece después, dos días más tarde, abandonado en un lugar al que se

denomina Weehawken, en Nueva Jersey. Se averigua que el vehículo ha sido robado dos semanas antes a una compañía de transportes que había presentado la correspondiente denuncia. Al camión lo han cambiado la placa de la matrícula. Triple delito federal. Traslado de objetos robados de un estado a otro. Cambio del número de placa en un vehículo robado. Cuantía del botín. ¿Está claro? Los nuestros en Nueva York procuran trabajar pronto y con rapidez. Surge el rayo de luz. Un tipo llamado Wallace Stevens resulta haber abierto, cinco días antes del asalto, una cuenta corriente en cierto Banco de la ciudad. Cantidad con que se inicia la apertura: Cien dólares. Cuarenta y ocho horas después del asalto, se efectúa un nuevo ingreso en la cuenta por veinticinco mil dólares y, setenta y dos horas más tarde de las primeras cuarenta y ocho, otro ingreso por importe de cincuenta mil dólares. Comprobada la firma de Wallace Stevens en la cartulina que conserva el banco por los peritos calígrafos, se establece que la letra es idéntica a la de un fulano llámalo Baldwin Kindaid, de profesión cajero-jefe del «Baltimore Bank & C.^o».

Ante tan abrumadoras pruebas, el F.B.I., consigue una orden de detención contra Baldwin Kindaid acusado de complicidad con los misteriosos atracadores del saco de lona. Pero claro, resulta que a los muertos todavía no se ha descubierto la fórmula para poder detenerlos. Está en su casa, sobre la cama, con dos magníficos balazos en el pecho. Inútil investigar su vida. Soltero, sin familia, sin amigos... todo un ermitaño.

Tony se decidió a interrumpir la extensa perorata e su jefe.

—¿Con quién había mantenido contacto en los últimos tiempos? ¿Algún amigo... o amiga posiblemente?

—No era como tú. Sin amigas. Un callejón sin salida. Muerto el perro... se acabó la pista. Investigación estancada.

—¿Conclusiones?

—Ésas las hemos sacado aquí, en Washington. Baldwin Kindaid abre una cuenta corriente con otro nombre, antes del atraco, ingresando cien miserables dólares para no despertar sospechas con sus ingresos posteriores. Ahora bien, setenta y cinco mil dólares, que el total de lo ingresado por el falso Stevens luego del asalto, es un porcentaje irrisorio por su colaboración teniendo en cuenta la

cifra obtenida en el robo. ¿Qué te hace pensar eso, Tony?

Kestrel que después de las bromas iniciales había seguido con absorta atención las explicaciones de Walwort, se mostraba ahora con una seriedad en él insospechada, meditando con los ojos bajos.

—Creo tener una hipótesis —murmuró con lentitud.

—Adelante.

—Kindaid, Stevens, o cómo diablos se llamara, había cometido un desfalco. Alguien se enteró. El jefe de esa banda de atracadores, supongámoslo así, que tiene repartidos sus «escuchas» y «vigías» por la ciudad de los rascacielos. Se le propuso al cajero la solución para cubrir su desfalco. Atracar el banco. Se supondría con toda lógica que los atracadores se habían llevado todo el numerario, incluido el total del desfalco cometido por Kindaid. Sólo así puede explicarse que por su valiosa colaboración le dieran un tanto por ciento sobre el botín tan módico.

Walwort, sonrió admirado.

—Has dado de lleno en el clavo. Eso exactamente hemos pensado nosotros.

Tony arqueó las cejas.

—¿Y qué hacen los de Nueva York?

—Lo que buenamente pueden. Y no pueden impedir que hace tres días les desvalijen otro Banco. Éste, de la reserva federal.

—¡Sopla! Nos van a dejar sin camisa, ¿eh, jefe?

—Es un chiste como para troncharse.

Acto seguido, sin dar tiempo a que Tony moviese de nuevo los labios, narró con todo lujo de detalles el atraco perpetrado en la «New York

Banking & Trust
Corporation».

—¡Es el «colmo» de la osadía! —exclamó Kestrel.

—Llámalo como quieras. Se han llevado tres millones y pico de dólares. Osadía o cuernos, la operación ha sido redondamente maravillosa. Y además, han aprovechado para reírse de la Metropolitana en sus barbas.

—¿Quién le largó el «soplo» al capitán Butler?

El de los cabellos blancos ahuecó sus labios en irónica sonrisa.

—¡Tony!, pero qué ingenuo me resultas a veces. ¿Crees que lo han dejado vivo para que Butler le aplique el «grado veintitrés» y le

haga cantar hasta *Otello*? No hombre, no. Al chivato lo han dejado como un colador en una calle de los muelles. De todas formas, si durante el vuelo te tomas la molestia de darle un vistazo a este «folletín» que amorosamente he ordenado confeccionar en exclusiva para ti, aclararás algunos puntos confusos y podrás formarte una idea de cómo empezar tu trabajo. ¿De acuerdo, «por algo será»?

Tony estiró la boca hacia ambos extremos.

—Me quedo con el «mochuelo».

—¿Querrás hacerme un favor una vez en la hermosa capital de los rascacielos?

Walwort, habíase puesto en pie, acercado a Tony, dejado caer encima de sus piernas la carpeta, caminado lentamente hacia la puerta mientras formulaba la pregunta.

—¿Cómo no, señor?

—No te enredes con ninguna gata de *cabaret* y minifalda hasta que hayas acabado el trabajo, ¿lo harás?

Tony soltó una seca carcajada.

—Y sin pecar de agorero... ¿si no termino el trabajo por fallecimiento del todo involuntario?

Walwort sonrió. Como un padre a su hijo.

—Tendrás hermosas flores, maravillosas coronas, impresionantes exequias, un envidiable mausoleo, muchas chicas de luto y una cinta con los colores de la bandera que diga: «A Tony Kestrel. El F.B.I. rió te olvida». Como ves, está todo previsto.

—No siga, señor. Estoy haciendo terribles esfuerzos para evitar que un torrente de lágrimas brote de mis ojos. Sus palabras... ¡no sabe lo que me han impresionado!

—¿Más que las coproducciones latinoamericanas?

Kestrel recogió la carpeta y se puso en pie.

—¡Digo! ¡Más, mucho más! Palabra de... «por algo será».

Matthew Walwort abrió la puerta con la izquierda al tiempo que agitaba los dedos de la diestra, burlonamente, en señal de despedida.

—¡Buen viaje, agente!

—¡No gaste mucho en las coronas y el mausoleo, señor! ¡Si los del saco de lona siguen su trayectoria, ese dinero le hará falta para pagarse su propio sueldo!

Un portazo.

Y la carcajada de Tony.

Se echó sobre la cama tras consultar el reloj.

Cerca de las cinco.

Bueno, poco equipaje necesitaba. Un pequeño maletín con lo imprescindible... ¡y andando que se quita el frío!

Mientras no le quitaran la piel también.

Empezó a leer el expediente.

UN EXPERTO FEDERAL

—El capitán Butler de la Policía Metropolitana. El agente especial. Tony Kestrel, del F.B.I.

Las presentaciones las había efectuado Charles McLean, inspector-jefe de la División del «Federal Bureau of Investigation» en Nueva York.

—Se le saluda, Butler.

—No me es usted simpático, Kestrel.

Tony, al otro lado de la mesa que ocupaba el capitán, sentóse con desenfado.

—Lo siento por usted, «capi» —soltó irónico—. Además de tragarme, tendrá que soportar que ponga en claro el asunto en el que les sirvió de payaso a los asaltantes.

Butler soltó un puñetazo encima de la mesa.

Estuvo en un tris de que el tintero no fuese a parar sobre la elegante chaqueta del inspector-jefe McLean.

—Controle sus nervios, Butler —siguió mofándose el agente—. Si siempre trabaja así... no es extraño que le tomen el poco pelo que le queda.

El capitán, más que rojo, estaba congestionado. A un milímetro de la apoplejía.

—Los agentes del F.B.I., me tienen...

—Mida las palabras e hile fino, capitán —le advirtió Kestrel con inesperada dureza—. Si me pongo nervioso difícilmente me controlo. Estoy aquí para hacerme cargo de un caso en el que usted intervino y debo hacerlo unas preguntas.

Butler, crispados los puños y encajadas las mandíbulas, masticó:

—Pregunte.

—Ese tipo, el que le «sopló» lo del asalto a la «New York», ¿era confidente habitual?

—Lo era.

—Johnny Adams, alias «Canario», ¿era ése su nombre?

Butler, sin cambiar su actitud, contestaba con expresión hostil.

—Ése era.

—¿Frecuentaba?

—Harlem, Greenwich Village, Chinatown, Muberry Bend... todos los barrios que frecuentan los soplones en busca de información, a la escucha de conversaciones.

Kestrel esbozó una tenue sonrisa.

—Conozco a esos tipos, Butler. Suelen tener un lugar que goza de sus preferencias. ¿Cuál era el de Adams?

Pareció meditar unos segundos el capitán.

—«Yellow Bird». Un tugurio de los muelles. Wave Street, 18. Frente al Upper Bay.

Asintió el federal, pensativo.

—En los informes que me han facilitado en Washington, se dice que el tal Adams lo llamó por teléfono. ¿Está seguro de que fue su voz la que le habló?

—¿Me toma por el zapatero de la esquina? ¡Claro! ¡Que estoy seguro! Los confidentes se muestran reacios a ser vistos en nuestra compañía, ¿o acaso lo ignora? Durmiendo sería capaz de reconocer la voz de cada uno de ellos.

Kestrel atacó por otro lado.

—¿Alguna amiga?

—Un par o tres de ellas.

—¿La de «turno» cuando le pasó el «soplo»?

Tuvo que pensarlo.

—Creo que Mary Thoren. También frecuenta el «Yellow Bird».

Tony se puso en pie.

—Vamos, inspector.

Se largó, sin decir tan siquiera: «¡Por ahí te pudras!».

Ya en el coche del inspector, con toda familiaridad, su amistad databa de años, Tony comentó:

—No lo veo claro, Charles.

El aludido, distraendo la atención que tenía centrada en el volante y el asfalto ladeó la cabeza frunciendo el entrecejo, inquirió:

—¿El qué?

—El papel de Butler en todo este asunto.

El inspector pareció escandalizarse.

—¡Por Dios, Tony! ¿No irás a sospechar de un hombre que lleva veinte años de servicio y al que no se le conoce más defecto que su carácter irascible?

—No he dicho que sospeche, Charles. Me he limitado a pronunciar: No lo veo claro.

Charles McLean se encogió de hombros.

—En lo del primer asalto no intervino Butler. Ni el «soplón» Adams.

Tony, entrecerró sus brillantes ojos negros.

—¡Ala!, puesto que hablas de eso. ¿Qué hay sobre el cajero de la «New York Banking & Trust Corporation»?

Sin distraerse de atender el fluido tráfico que rodaba por las populosas arterias neoyorquinas, repuso el inspector:

—Los muchachos lo están investigando. Pero en esta ciudad no hay dos bancos, Tony. Con Kindaid tuvimos mucha suerte. Además, partimos de la base de que, si ha sucedido lo mismo con Jerry Crane, cajero de la «New York», la cuenta estará abierta a otro nombre. Por tanto, investigamos las cuentas abiertas quince días antes del atraco. Es una labor agotadora. Cada cuentacorrentista considerado como tal desde esas fechas, es investigado meticulosamente. Se comprueba la firma de la cartulina bancaria con la que poseemos de Crane. De otro lado, los muchachos que lo vigilan no han notado en él nada anormal. Se comporta como siempre. ¡Ah!, sin olvidar que todo cuanto hemos logrado saber acerca de él, tanto de su vida profesional como privada, demuestra que es un individuo honrado y consecuente a carta cabal.

—Correcto. Ni una pista. De todas formas, dame la dirección de ese tipo.

—La tengo en mi despacho.

Ya en el despacho de Charles McLean, luego de que éste interesara del agente de servicio si había alguna noticia nueva con relación a los atracos, con respuesta negativa, le facilitó a Tony el domicilio de Jerry Grane.

—362, Connecting Street. En el Queens.

Tomó nota.

—De acuerdo, Charles. Como siempre, las cartas boca arriba. Trabajaré a mi modo. Tú y los muchachos seguid investigando como mandan los cánones.

Charles McLean, hombre de buena estatura y aspecto jovial, cuarenta y dos años aproximadamente, hizo un gesto desaprobatario.

Habló:

—Conozco tú... «modo», Tony. Pero, si aceptas un consejo de perro viejo, ten mucho cuidado. Esto no es una bagatela. Gente bien organizada y mejor dirigida. La persona que planea con éxito dos atracos como los que se han realizado, quien se juega el tipo en asuntos de millones de dólares... es capaz de matar a su padre si éste pone en peligro el feliz logro de sus criminales empresas. ¿Qué piensas hacer, Tony?

Kestrel, que le profesaba una enorme simpatía al inspector, amén de un gran respeto pese al cordial tuteo, no contestó irónicamente como lo hubiera hecho ante Matthew Walwort.

—Dispongo de dos probables pistas, Charles. Una, se llama Mary Thoren. Otro, Jerry Crane. Empezaré por hacer una visita subrepticia al domicilio de este último y...

—¡Tony!, ¿sabes lo que te juegas en una maniobra así si eres sorprendido?

—Charles, no me hagas de patriarca. Sabes sobradamente que soy un hombre de acción. Yo no sirvo para las investigaciones laboriosas aunque me enseñaron a efectuarlas y demostré que podía hacerlas. Pero con mi temperamento es matarme. Piensa que cuando Walwort, conociéndome como conoce, se ha decidido a enviarme... por algo será. Ya te digo, Charles, a mi aire. No obstante, estaré en contacto contigo por si los muchachos hacen algún descubrimiento. ¿De acuerdo?

—Conecto, Tony. Mucha suerte.

—Es posible que la necesite, Charles.

Y salió de la oficina.

Conocía bien Nueva York.

No era la primera vez que Walwort lo enviaba allá para aclarar problemas confusos.

Desde luego, no de millones de dólares.

Aquella ciudad, como otras tantas del mundo, se veía acuciada

por el insoluble problema del espacio en contraste con la densidad de población.

Por eso los edificios se elevaban como agujas para aliviar al cielo de sus picores.

Rascacielos.

La verdad, era que ante la imposibilidad de aprovechar terreno a lo largo y ancho, se hacía a lo alto. Y calculando al centímetro. El mayor número posible de pisos por planta, el menor número de habitaciones por piso, y la dificultad de caber en ellos muebles e inquilinos.

Por eso la industria del mueble habíase especializado en fabricar camas, mesas, máquinas de coser y sofás en una sola pieza. Según se desplegara de una u otra forma, se convertía en aquello a que conviniese según la utilidad del momento.

Además, los armarios se empotraban en las paredes, las camas en los armarios...

Pero, afortunadamente para Tony, el amigo Jerry.

Crane no habitaba ninguno de aquellos minipisos.

Era una ventaja considerable.

Más libertad de acción.

El 362 de Connecting Street, en el Queens, correspondía a una finca que llevaba unos cuantos años sosteniéndose.

En uno de aquellos barrios, antaño aristócratas, hoy humildes. En principio, tales edificios habían sido albergue de familias adineradas que, al levantarse nuevas construcciones cerca, habíanse trasladado a palacetes de las afueras o zonas residenciales como Riverside Drive.

Y las casas, con unos cuantos tabiques más, se quedaban ahora para los más humildes.

Pero anchos, cómodos.

Sin muebles superplegables.

Tony se dijo que estaba bien de preocuparse de problemas urbanos mientras trasponía el portal del 362.

En el segundo piso, tercera puerta, anidaba Jerry Crane.

Llegó hasta el rellano sin pegas.

Sin tropezarse con porteras preguntonas de las que se empeñaban hasta en saber cómo se llamaba la tía abuela de uno.

Del estuche extraplano que llevaba en el bolsillo trasero del

pantalón sacó un instrumento de acero con el que le costó muy poco franquearse la entrada.

Cerró tras él, procurando no hacer ruido por simple precaución y no porque esperara encontrar nadie en el interior.

Lógicamente, a tal hora, Jerry Crane debería estar contando los pocos billetes de que disponía el banco.

¡De la reserva federal!

Sus habichuelas estaban en juego.

Cruzó el vestíbulo tranquilamente con una irónica sonrisa en los labios.

Recorrió varias habitaciones, sin tropiezo alguno, hasta encontrar la que servía de despacho.

Dos entradas.

Una, la utilizada por Tony, que daba al pasillo.

En la pared izquierda, otra puertecilla, que sin duda comunicaba con la habitación contigua.

Sin pensarlo un segundo, el federal se fue directo a la pequeña mesa escritorio.

Sólo tenía una hilera de cajones en el lado derecho.

Cuatro, para ser exactos.

Cerrado el primero.

Abrirlo, fue para Tony juego de niños.

Nada.

Facturas vulgares y corrientes. Tarjetas. Papel timbrado. Gomas, lápices, plumas..., etc.

Ni en el segundo, ni en el tercero...

¡Piano!

El cuarto era un cajón como los demás, pero menos alto. Y sin embargo, la abertura donde estaba alojado, no difería en volumen a la de los otros tres.

Tony se sonrió a sí mismo.

Un doble fondo.

Tenía que buscar el resorte.

Fue recorriendo lo que en primer plano parecía el fondo real con la yema de los dedos, en busca de un saliente que actuara levantando la placa de madera.

Lo encontró en el vértice izquierdo.

Oprimió el saliente hacia dentro.

Al instante, el fondo aparente, cedió hacia arriba descubriendo un nuevo y pequeño cajón debajo del que fingía ser.

Un talonario de cheques y el resguardo de tres ingresos.

El primero, por una cantidad de cien dólares. El segundo, por una de cincuenta mil. El tercero, por una de cien mil.

Claro, en aquella ocasión el botín había sido mayor.

Los resguardos estaban extendidos a nombre de Olivar Robinson.

Sacó un pequeño bloc del bolsillo del pantalón y tomó en él las oportunas anotaciones.

¡Y los muchachos de McLean averiguando banco por banco!

Devolvió el cajón a su posición inicial, dejándolo todo cuál lo había encontrado.

Se apartaba de la mesa, cuando un ruido procedente de la habitación contigua le hizo inmovilizarse.

¿Eran figuraciones suyas? ¿Era posible, después de todo, que hubiera alguien en el piso? ¿Habría dejada Crane de acudir aquella tarde a la oficina?

Hubiese abandonado el lugar al instante, sin entretenerse en averiguar siquiera.

Pero la curiosidad, o el tratar de asegurarse de no ser sorprendido, le llevaron sigilosamente hacia la puertecilla que comunicaba con la habitación de la que suponía había partido el ruido.

Aplicó el oído a la madera.

Era necesario saber si estaba o no solo. Localizar al otro si existía y hacer un cálculo acerca de las posibilidades que tenía de alcanzar la escalera sin ser descubierto.

Fue acercándose a la rendija, agachado, para atisbas por ella.

La contingencia contra la que trataba de precaverse, se produjo, no obstante, de una manera imprevista.

Mientras él se inclinaba pegando el ojo derecho a la rendija, la puerta que daba acceso al pasillo se abrió silenciosamente.

Un hombre apareció en el umbral.

Se detuvo al ver al intruso.

De inmediato, sin pensarlo más allá de un segundo, sacó una pistola del bolsillo trasero del pantalón.

Ordenó con voz preñada de seca amenaza:

—¡Arriba las zarpas!

La sorpresa no inmovilizó del todo a un individuo ducho en aquellas lides como lo era Tony Kestrel.

Aunque, sin duda, por donde menos había esperado un ataque en aquellos momentos era por la espalda.

Reaccionó al momento llevando la derecha con rapidez vertiginosa hacia la funda axilar.

Trató de incorporarse al mismo tiempo.

Pero el otro, pistola en ristre, no le permitió completar sus movimientos.

—¡Quieto o te «coso»! —El tono conminatorio, drástico, no dejaba lugar a dudas sobre el hecho de que estaba dispuesto a cumplir la amenaza. Decidido a matarle si era preciso. Agregó—: ¡Las manos al cielo!

Obedeció con un gesto de hastío.

Volviéndose hacia el desconocido, escudriñando sus ojos, dispuesto a valerse de la primera distracción.

—¿Qué hace usted en mi casa? —preguntó con dureza el de la pistola.

—Tú mismo —se mofó el federal—. No pensarás que he venido con fines benéficos, ¿verdad? La vida está muy «achuchada», hermano. Hay que forzar muchas puertas para conseguir un poco de «pasta».

Y no había terminado de pronunciar la última palabra, cuando ya estaba en movimiento, aprovechando el instante en que el otro desviara durante una fracción de segundo, la vista.

El hombre vio el cuerpo del pretendido ladrón, perfectamente horizontal, extendidos los brazos, proyectándose en dirección suya.

Dio un salto atrás.

Intentó bajar el cañón del arma y oprimir el gatillo.

La cabeza de Tony le alcanzó de lleno en el vientre. Los brazos le asieron por las corvas.

Perdió el equilibrio.

Rodaron ambos por el suelo, pero Tony salió disparado hacia arriba con escalofriante agilidad.

Dio un giro en el aire cuando el fulano trataba de levantarse estampándole, en tijereta, ambos pies en mitad del rostro.

Dando vueltas y tumbos fue a estrellarse en la pared más próxima.

El hombre de F.B.I., sin concederle un respiro, se situó frente a él como una pesadilla, machacándole el hígado de un zurdazo imponente.

Al verlo boquear, le empotró la rodilla derecha en la mandíbula.

Rebotó la cabeza del hombre contra la pared con macabro chasquido.

Resbaló por aquélla, desplomándose en tierra.

Inerte.

—¡Bravo, muchacho!

No le sorprendió a Tony escuchar aquella voz a su espalda.

Porque suponía que algo o alguien habían sido motivo de la distracción que le permitiera atacar al que era, sin duda, Jerry Crane.

Mujer y de excepción.

Con pistola y todo.

Una escultura rubia en la que todo eran curvas, entrantes y salientes.

Estos últimos, bien situados.

Generosamente dotados.

Turgentes y palpitantes, oprimidos carcelariamente dentro del jersey rojo escarlata.

Y las piernas, magistrales.

Cañidas desde la cadera en el interior de un pantalón negro que dibujaba la perfección armoniosa de sus líneas.

—Qué ojos tan azules tienes, preciosa —comentó Tony, frotándose las manos—. Parecen un pedazo de mar. Y los labios... ¿por qué los tienen tan rojos y jugosos?

Ella alzó el cañón del arma.

—¿Y la pistola? —dijo con ironía—. ¿Por qué la mantengo apuntando hacia tu pecho?

—Porque no sabes lo que vas a perderte si aprietas el gatillo. ¿Fumamos el pitillo de la paz?

—No me fío de los que son rubios como yo y tienen los ojos negros.

—El mar y la tierra, pequeña. Desde que eran niños han sentido mutua atracción el uno por el otro.

—No me atraes lo más mínimo, muñeco.

—Eres la primera mujer que me dice cosa semejante en

veintitantos años que llevo arrastrándome por este cochino planeta.

Una inquietante sonrisa se dibujó en los maravillosos labios de la formidable rubia.

—Siempre existe una primera vez, ¿no crees?

—Hechos cantan, princesa.

—¿Qué buscabas en esta casa?

Arqueó las cejas.

—Petróleo no, desde luego. Ya me dijeron que para eso me fuera a Tejas o a Maracaibo.

Taconeó ella, impaciente.

—No me hacen gracia tus bromas, bonito.

—¿Puedo fumar? Con el humo se me aclaran las ideas.

—Pero procura sacar solamente el paquete de tabaco y el mechero por...

—Cerillas hija, cerillas. El «negocio» no da ni para mecheros de bencina.

Ya tenía el paquete en la diestra.

Y ella, lo tuvo encima del rostro con inesperada violencia, cuando parecía que él iba a extraer un cigarrillo.

Tras del paquete, fue Tony.

Un golpe de judo aplicado con el canto de la derecha sobre la muñeca que sostenía el arma.

Un gritito femenino.

—¡Ah!

Pero no se daba por vencida.

Se lanzó hacia él como una fierecilla, extendidas las manos, dispuestas las largas y esmaltadas uñas a desbarrarle el rostro.

Tony soltó una carcajada.

Aquello prometía ser interesante.

Evitó la furiosa acometida en diabólico escorzo, se situó a su espalda tras ágil finta, la sujetó por la breve cintura alzándola en el aire, la hizo girar con una rapidez escalofriante que hubiese envidiado el más consumado coreógrafo.

Bruscamente, la soltó.

¡Zas! A tierra.

La muñeca rubia quedó sentada cómicamente.

Se frotaba los ojos y las sienes con desesperación.

Tony, tras recoger del suelo la pistola que ella había empuñado,

la guardó en un bolsillo de su «saco».

Iba reaccionando.

No así Jerry Crane, que había recibido mucha más «leña» y seguía inconsciente.

Apartó las manos de su hermoso rostro.

Por la expresión de los transparentes ojos azules comprendió que la habitación seguía girando alrededor de ella.

Esperó a que se recuperase fumando tranquilamente un cigarrillo.

Tres minutos después la vio ponerse en pie.

Tambaleante. Insegura.

—¿Quién eres, princesa?

Torció la boquita.

—Modesty Blaise.

Tony alzó ambas manos.

—¡Grata coincidencia! Yo soy James Bond.

Estaba todavía turbada.

—Te sientes satisfecho, ¿eh? Dos enemigos en pocos minutos. Él... —señaló al «dormido» Jerry— y yo.

—¿Por qué hemos de ser enemigos, princesa?

—Tú eres un ladrón. Yo, una detective privado.

—¡Ah!, ¿de veras no eres Modesty Blaise? —se burló el federal.

Y sin que ella lo esperara se plantó a su lado, la ciñó por la cintura, inclinó la cabeza, buscó su boca...

La besó.

Loca de indignación y sorpresa, forcejeó por escapar al férreo obstáculo.

Sólo al principio.

Porque luego se fue debilitando su resistencia hasta que sus brazos cálidos se enroscaron en la nuca del hombre para prolongar la caricia.

Extasiada.

—Bésame otra vez... muñeco.

—O.K.

—¿Quién eres, princesa?

—Nadia Pearson. Detective privado.

Tony recogió el cigarrillo que los dos besos habían hecho rodar en tierra.

Aspiró una bocanada de humo.

—¿Qué investigas aquí y por cuenta de quién?

—Por cuenta propia. Soy hermanastra de un hombre que sufrió las mismas consecuencias que éste.

Por el pulgar pasado encima de su frágil hombro señaló a Jerry.

Brillaron las pupilas de Tony.

—¿Hermanastra de Baldwin Kindaid?

Una expresión de genuina sorpresa se dibujó en el rostro de la hermosa rubia.

—¿Cómo sabes...?

—Te lo contaré luego, princesa. Parece que ése respira.

En efecto, Jerry Crane había soltado un ahogado gemido.

Tony dijo a Nadia:

—Ve a ver si encuentras un jarro o una jofaina. Despabilaré a este «manta».

Tardó pocos minutos en regresar con un artístico florero.

Consecuencia de que Jerry quedase como una sopa.

De que se esponjara como un pavo salpicando la pared de agua.

—¿Qué ha... quién es...?

Parpadeaba.

—Jerry Crane —anunció Tony, dispuesto a perder el menos tiempo posible—. He descubierto el talonario y los tres ingresos. Ningún funcionario honrado y decente abre una cuenta bancaria con cien dólares y la incrementa en una semana con ciento cincuenta mil. No se comprende que el cajero de un banco abra su cuenta en una entidad de la competencia..., pero sí se entiende si el banco donde trabaja ha sido asaltado pocos días antes de los ingresos. Suelta la lengua, pero bien soltada. En el minuto que tienes para pensar lo que te conviene, te relataré una historia ocurrida allá por el año 1927, a un tipo llamado Charles Reilly. «Savoir faire», ¿entiendes? El fulano se había cargado a un «cop» y no quería cantar. Mis colegas de entonces, un tanto bruscos, le machacaron a golpes de culata la cara de cerdo que tenía, fue conducido a puntapiés hasta la escalera del edificio federal, recibió otros golpes en las heridas, vio hundirse los extremos ardientes de cigarrillos en la boca del estómago y en sus llagas... ¡para qué contarte, Jerry! Ahora, más civilizados, ya no hacemos eso. Con el progreso hemos aprendido procedimientos más refinados. Los

chinos se mueren de vergüenza cuando se enteran de nuestros ingeniosos procedimientos para desatar lenguas reacias...

Se interrumpió, mirando el reloj.

Por el rabillo del ojo vio a la rubia detective pendiente de él.

—Cincuenta y ocho segundos, Crane. Te quedan dos... uno... ¡ninguno! ¿Qué has decidido?

Crane, apoyada la espalda contra la pared y hundido el mojado rostro entre las manos, musitó:

—¿Es... es usted del F.B.I.?

—O. K. Con una credencial que da miedo verla. ¿Qué tienes que contarme, «chato»?

Sepultó aún más el rostro entre las manos, gimiendo y lloriqueando como una vieja.

—¡Me matarán...! ¡Me matarán...! —clamó por dos veces, desesperado.

Tony sonrió fríamente.

—Debiste pensarlo antes, Jerry. Una vez u otra hay que «palmarla». De todas formas, si eres buen chico, puedo protegerte.

Nadia, cerca de Tony, lo contemplaba con una expresiva mirada llena de admiración.

Y de algo más.

—Anda, Jerry, anímate. Antes de que destape la caja de las «galletas»... será mejor, créeme.

Daba pena.

Kestrel no era lo insensible que aparentaba ser. Pese a lo que aquel hombre hubiese podido hacer, sentía compasión de él.

Pero no podía demostrarlo.

—¿Es... —titubeó—, es cierto que me dará protección?

—El F.B.I., no promete en vano.

Se recostó contra la pared.

Inclinando la cabeza hacia delante, en rictus que parecía de profundo y sincero abatimiento, murmuró:

—Empezó el día que conocí a...

LAS TRIBULACIONES DE JERRY CRANE

—¡El negocio no puede fallar, Jerry! ¡Estoy completamente seguro!

Crane miró a su interlocutor con cierto recelo.

—¿Por qué acude precisamente a mí?

El que había dicho llamarse Lonsdale Reynolds, de mediana estatura, tez curtida, ojos castaños, cabello de igual color, expresión decidida y sincera, palmeó encima de la mesa nerviosamente.

—Trate de comprender, Jerry. Le ofrezco una fortuna a cambio de apenas nada. ¡Ya! ¿Qué por qué acudo a usted en lugar de solicitar ayuda de un millonario, de un banco, de una entidad que se dedique a los préstamos? La respuesta es sencilla y usted, si es lo inteligente que adivino, debería adivinarla. Sí, tengo muchos medios de obtener el dinero que necesito para explotar los terrenos petrolíferos que he descubierto... ¿y qué? El que me preste ese dinero querrá saber para qué lo necesito, y, cuando lo sepa o intuya, correrá a adquirir esas tierras. Como mal menor, puede esperar que me exija un ochenta por ciento de los beneficios. Pero... usted, usted y yo, ¡iríamos a medias! Cincuenta por ciento cada uno, Crane. ¡Piénselo! Sólo necesitamos veinticinco mil dólares.

Jerry se mesó los cabellos. Tras apurar su vaso de *whisky*, dijo:

—No tengo ese dinero, Lonsdale. En mi vida he conseguido reunir la décima parte.

El otro cabeceó rotundamente:

—Lo sé, Crane lo sé.

—¿Entonces...?

—Usted es el jefe de caja de la «New York Banking & Trust

Corporation». *Puede obtener ese dinero...*

Rojo de ira e indignación, Crane brincó del asiento.

—¡Me está proponiendo un desfalco!

El otro lo aferró por los hombros obligándole a sentarse de nuevo.

—Cálmese Jerry, cálmese. Estamos en un lugar público, y aunque apartados, pueden oírnos. Procure razonar con lógica y no tergiversar la intención de mis palabras. No trato de inducirle a que cometa un delito. Simplemente... llamémosle así, basta con que usted mismo se haga un préstamo del dinero que maneja. ¿Cuándo le efectuaron la última inspección?

Crane, un tanto desconcertado, repuso:

—Hace... una semana aproximadamente.

Sonrió Lonsdale con euforia.

—¿Y la próxima será...?

—Dentro de tres meses.

Palmeó de nuevo la mesa, esta vez con alegría.

—¡Fantástico! Dentro de noventa días habremos tenido tiempo sobrado de que usted devuelva ese dinero. Una vez registradas las tierras a nuestro nombre y cuando los ingenieros hayan probado lo que yo ya sé con toda certeza, nos ofrecerán cien veces más del valor nominal. ¡Dos millones quinientos mil dólares! ¡A repartir entre usted y yo! ¿Aún le quedan dudas, Crane? Tenga en cuenta que la suerte sólo pasa por nuestro lado una vez en la vida. Si no se aprovecha, si uno es cobarde y pusilánime sigue en la mísera existencia que lleva y muere en el más absoluto anonimato. ¡Crane! ¿Qué decide?

Jerry alcanzó la botella de «Spey Roay» que descansaba medio llena sobre la mesa.

Escanció en su vaso una generosa ración y la apuró de un trago.

—De acuerdo —soltó de un tirón—. Correré ese riesgo, Lonsdale.

El otro dio saltos de alegría incontinida.

—¡Fantástico! —Palmeó una y otra vez la espalda de su interlocutor—. ¡Millonarios, Crane, millonarios! ¡En un mes y medio los dólares caerán sobre nosotros como un «maná» maravilloso! Esto... ¿cuándo puedes disponer de los veinticinco mil, socio?

Crane, luego de un nuevo trago, afirmó:

—Mañana mismo, Lonsdale.

El otro siguió dándole entusiastas palmadas.

—Mañana pues, aquí. ¿A las nueve de la noche?

—De acuerdo.

Lonsdale Reynolds, brillantes los castaños ojos y rezumando alegría por todos los poros de su cuerpo, dijo:

—Yo partiré inmediatamente para Harpers *Ferry*. En dos días habré comprado los terrenos y estarán legalizados a nuestros nombres.

—¿Y sí...después de todo no hubiese petróleo?

—De no haber esa remota posibilidad, no me arriesgaría. Pero, aun suponiendo que así sucediera, como simple tierra de cultivo o para edificar, siempre podríamos venderla sacando un beneficio. Lo cojas por donde lo cojas, nunca podemos perder. ¿Convencido?

Jerry Crane había escuchado en la ventanilla del Banco más de una opinión autorizada que hablaba sobre aquel asunto.

Lonsdale decía la verdad.

—Convencido. Mañana a las nueve.

Y a esa hora, en efecto, se encontraron al siguiente día Jerry Crane y Lonsdale Reynolds.

El cajero, con manos temblorosas, entregó a su «socio» los veinticinco mil dólares.

—¡Perfecto Jerry, perfecto! Saldré esta madrugada en avión. Mañana mismo te mandaré un telegrama desde Harpers *Ferry*. ¡Anda, hombre, sonríe! Nunca he visto un hombre con tu cara sabiendo que en pocos días se va a convertir en un millonario.

Sonrió al fin Crane.

—¡Buena suerte, Lonsdale!

Se estrecharon las manos.

Ni al día siguiente.

Ni al otro.

Ni al tercero.

Quince días estuvo aguardando en vano, con el corazón en la boca sin respirar apenas, el telegrama que Lonsdale Reynolds le había prometido enviar desde Harpers *Ferry*.

Un telegrama que nunca llegaría.

Cuando Jerry Crane empezó a comprender su estupidez, su imbecilidad, la cándida idiotez de que hiciera gala, ya era tarde para lamentaciones.

Habíase dejado estafar como un ingenuo pueblerino.

Eso hubiera sido lo de menos de haberle pertenecido los veinticinco mil dólares que entregara al canallesco Lonsdale.

Pero ahora la situación era crítica, abrumadora, imperativa.

Faltaban dos meses para la inspección.

Descubrirían el desfalco, lo acusarían, tendría que presentarse ante un tribunal para, finalmente, ser encarcelado.

Le horrorizaba la idea de consumirse entre las rejas de una celda.

¡Mil veces estúpido!

No.

Insultándose, desesperándose y lamentándose no ganaba nada.

Tenía que pensar, buscar una solución para el terrible y acuciante problema que gravitaba sobre su espalda.

Mil dólares.

¡Tenía mil dólares en una libreta de ahorros!

Y había oído hablar de sitios donde se jugaba...

No lo pensó más. Aquella misma noche, decidido a todo, se informó de la ubicación de uno de aquellos sitios que llamaban garitos.

«MÓNICA CLUB», 1317 de Bruckner Boulevard.

En las afueras del Bronx.

Una maravilla de luces. Una espléndida zona de aparcamiento en donde su «Ford» modelo 56, hacia el más completo ridículo al lado de las fastuosas carrocerías que allí se alineaban.

Sin perder un segundo, evidenciando un nerviosito que se veía incapaz de dominar, encaminóse a la ruleta.

Primero cien... luego otros cien... por último trescientos.

En total, había perdido la mitad de su patrimonio en menos de media hora.

Al principio, ganó la primera postura. Pero luego, los quinientos se habían esfumado.

En alguna ocasión oyó decir que era inútil cegarse cuando la suerte le volvía a uno la espalda.

Esperar... esperar... sólo veinticuatro horas.

Quizá al día siguiente...

Fue un día lleno de angustia e incertidumbre. Un continuo deseo que las manecillas del reloj galoparan sobre la circunferencia numerada.

La suerte no podía serle esquivada por segunda vez.

Fue de los primeros en llegar al «MÓNICA CLUB».

El número uno en acercarse a la ruleta.

Cuando el grupo de habituales rodeó la mesa y el *croupier* dejó oír su voz monótona, Jerry formuló su primera postura.

Cinco dólares.

Disparó el banquero la bola. La mirada de los jugadores siguió su trayectoria de un modo mecánico, febril.

La vieron perder velocidad por fin.

Caer sobre la ruleta, rebotar en tres casillas antes de alojarse definitivamente...

—Veintitrés, negro... —cantó el *croupier*.

Un grito de rabia se ahogó en la garganta de Crane.

¡Por el color no había acertado!

Hizo su segunda postura.

Y cuando la caprichosa bolita dejó de girar, ante el estupor de Crane, oyó tararear como el estribillo de una música pegadiza:

—Veintitrés, negro...

Le quedaban trescientos.

El veintitrés negro había salido dos veces. ¿Por qué no una tercera?

Los trescientos fueron al veintitrés negro.

Volvió a tirarse la bola.

—Veintiuno, rojo... —canturreó el banquero con su habitual monotonía.

Jerry Crane, caídos los brazos a lo largo del cuerpo, inclinada la barbilla sobre el pecho, hundidos los hombros, pintada la desesperación en sus ojos como no lo fuera en el más expresivo de los lienzos, se alejó con pasos de autómatas.

—¿Ha sido esquivada la suerte, amigo?

Aquella voz que le hablaba cerca le devolvió a la realidad.

Buscó a su alrededor, desconcertado.

Hasta tropezar con unos ojos verdes que le miraban intensamente, con un rostro de facciones hermosas que irradiaban fragante luminosidad, con un delicado cuerpo femenino envuelto en oscuro traje de noche de atrevida y picara línea.

¡Qué preciosidad de criatura!

—Me llamo Rachele, ¿y tú?

La miró, turbado. Indeciso.

—Jerry... Jerry Crane.

Se le acercó la hermosa mujer, colgándose de su brazo con desenfado.

—¿Vamos a tomar algo, Jerry? Las penas se diluyen en el alcohol cómo el humo en el aire.

No sabía que responder.

—Lo siento —musitó—. No tengo ni un centavo.

Sonrió ella.

—Hoy por ti... ¡anda vamos, vamos a sentarnos! No te preocupes por el dinero. Ni yo te conozco a ti, ni tú a mí. Nos vemos ahora, quizá nunca volvamos a encontrarnos. Me cuentas tus problemas, yo los míos... desalojemos nuestros corazones. ¿Te parece, Jerry?

—No sé si debo...

—¡Por favor! No seas timorato.

Se habían sentado en un íntimo velador.

A un *whisky* le sucedió otro.

El alcohol y la fragante belleza de aquella mujer exuberante que a cada minuto se insinuaba más abiertamente, derrumbó el frágil baluarte en el que Crane había tratado de encerrarse.

Ella le tomó una mano.

—Jerry, amor, ¿qué te sucede? ¿No confías en mí?

La presión que aquellos dedos tibios, suaves, ejercían sobre su mano, aumentó.

—Sí... Rachele.

Y Crane, desde el principio, narró sus tribulaciones.

—¡Es horrible! —oyó exclamar a los deliciosos labios de Raquel—. Pero... —vaciló unos segundos—, ¡creo que puedo ayudarte!

Alzó él la cabeza, vivamente.

—¡Qué! ¿Has dicho que puedes ayudarme?

Sonrió ella, deslumbradoramente.

—Sí, Jerry. Conozco a un muchacho que se encontró en un caso parecido al tuyo. Recuerdo que acudió a un nombre, y él le sacó del apuro. Aguarda un minuto, trataré de localizarle por teléfono para ver si consigo las señas...

Se levantó con rapidez, regresando al cabo de un breve intervalo.

—¡Jerry! ¡Lo he conseguido! Dentro de diez minutos vendrán a

recogerle en un «Oldsmobile» negro. Te llevarán con ese hombre que sacó del atolladero a mí, amigo.

Raquel, ella misma le había dicho que así sonaba mejor su nombre, le acompañó hasta la zona de apartamento.

El «Oldsmobile» era puntual.

Se alzó la hermosa para rozar fugazmente los labios del hombre.

—Suerte, Jerry.

—Nunca podré...

—No sigas, amor. Si dices una palabra más, no podré separarme de ti.

El beso fue ahora más prolongado.

Jerry, sin fuerzas para volverse, caminó en dirección al coche negro que aguardaba con el motor en marcha.

Se inclinó para entrar en la parte posterior.

Y entonces, un objeto duro entró en contacto violento con su nuca.

Se perdió en un abismo de oscuridad.

Abrió los ojos, soñoliento.

Parpadeó varias veces.

Un cielo raso Sobre él y pendiente de aquél, una bombilla infrarroja que apenas disipaba las tinieblas.

Yacía sobre una especie de otomana.

Se inclinó con dificultad, hasta conseguir apoyar la espalda contra la pared.

Alguien, apenas consiguió distinguir un bulto oscuro le ayudó a sentarse.

Yal momento, inquirió una voz seca:

—¿Quién eres y cómo te llamas?

Torció la cabeza hacia la izquierda. Forzando los ojos para acostumbrarlos a la roja y mortecina luz. Consiguió escudriñar, al fondo, un hombre sentado tras una mesa.

Imposibles de distinguir las facciones.

Sobre la mesa, vio un extraño teléfono.

Estaba, sí, descolgado.

Y en el auricular, lo mismo en el redondel auditor que receptor, habían aplicados dos aparatos que tenían cierta similitud con un cono truncado.

—Me llamo Jerry Crane. Soy el cajero de la «New York

Banking & Trust

Corporation». Estoy en un grave aprieto. Una chica llamada Raquel me ha dicho...

—Sabemos lo que ella te ha dicho —cortó la voz, conminatoria. Y agregó—: Queremos saber lo que tú nos dices.

Crane, con voz trémula, repitió la historia que poco antes le contara a Raquel en el «Mónica Club».

—No sé si podremos ayudarte.

—Yo si lo sé —intervino de repente una voz de extraño matiz metálico.

Crane, sorprendido, buscó al propietario de aquella nueva voz.

Nada. No vio a nadie. Sólo al hombre envuelto en sombras que se encontraba al otro lado de la mesa.

—Le ayudaremos, señor Crane —volvióse a oír el desconcertante matiz metálico.

—Jefe... —Trató de protestar el que estaba tras la mesa.

—¡Basta!

Jerry Crane no comprendía nada de lo que allí estaba sucediendo.

—Preste mucha atención, señor Crane —era nuevamente la voz metálica la que hablaba—, porque voy a dictarle instrucciones. ¿Me oye?

—Sí... sí, le escucho.

—Bien. Mañana recibirá en su domicilio un sobre conteniendo cien dólares. Con ellos, abre usted una cuenta corriente en la «Crowter

Banking & Devlons

Corporation», a nombre de Oliver Robinson. Oportunamente será avisado del día en que asaltaremos la entidad donde usted presta sus servicios...

—¿Cómo...? —tartajeo Crane, pálido como un muerto.

—¡Cállese! —tronó la enigmática voz—. Aquí no habla nadie más que yo. Usted responderá cuando se le pregunte, ¿entendido? Y a la menor objeción, le garantizo que mañana por la mañana, sus jefes estarán enterados del desfalco... y usted, con un pie en presidio, ¿ha entendido, Crane?

—Sí... sí, señor —balbució.

—Le he dicho —siguió el misterioso personaje que hacía oír su

voz omitiendo su presencia física—, que será avisado oportunamente de la fecha en que asaltaremos la «New York Banking & Trust

Corporation». De esta forma, Crane, nadie podrá sospechar jamás el desfalco por usted cometido ya que supondrán que los ladrones se han llevado todo el dinero. Además de quedar saldada su... llamémosle deuda, recibirá usted ciento cincuenta mil dólares que, en dos ingresos de cincuenta y cien mil dólares respectivamente, añadirá a la cuenta que a partir de mañana quedará abierta a nombre de Oliver Robinson. Ahora, Crane, hábleme de la cámara acorazada del Banco. Situación, sistemas de alarma, combinación... todo lo relativo a ella.

Con voz temblorosa, resbalando de su frente gruesas gotas de sudor, Crane respondió a todo.

—Bien —dijo el desconocido—. Le avisaremos por teléfono con doce horas de antelación. Su misión consistirá en preparar el dispositivo electrónico del reloj para que la caja pueda ser abierta a la una treinta en punta de la madrugada. Puede hacerlo a las tres de la tarde... ¿no ha dicho que la abre cada día a esa hora?

—Sí... a esa hora.

—¿Usted solo?

—Sí, sí señor.

—¿Nunca le acompaña el director de la entidad o algún otro empleado?

—En contadas ocasiones.

Pues procure que ese día nadie le acompañe... por su bien. Una vez haya cambiado la hora en el reloj, desconecte todos los sistemas de alarma interiores. De los otros, ya se encargarán mis hombres. Usted, ese día, procure ser de los primeros en salir...

—¡Sospecharán de mí en cuanto se haya consumado el atraco!

—¡Le he dicho que se calle! —Tralló la voz metálica, con eco que asemejó el de un pistoletazo—. Todo está previsto, imbécil. Yo haré que la policía se entere de que sé va a cometer el atraco. Uno de sus propios confidentes servirá para eso. Por la situación urbana del Banco, pertenece al distrito del capitán Butler. Poniéndole en antecedentes del asalto, le obligaré a que se comunique con el director del Banco. Butler, obrando con lógica, tratará de atrapar a mis hombres con las manos en la masa, para lo cual, será de todo

punto necesario que él y sus agentes se introduzcan en ese sótano luego de que todo el personal se haya marchado. ¿Qué supondrá eso? Que el propio director del Banco tendrá que aguardarles para conducirlos ante la cámara. Por tanto, Crane, su director será la única persona que quede sola en el local durante el espacio de tiempo que transcurra entre la salida de los empleados y la llegada de los agentes. Una vez perpetrado el atraco la policía, si obra con lógica, pensará en esa coyuntura. Por tanto, el principal sospechoso... *será el propio director.*

Calló la voz.

Jerry Crane, sobrecogido por la magnitud del hecho en el que se veía involucrado por culpa de un canalla llamado Lonsdale Reynolds, apenas si tenía fuerzas para respirar.

—¿Ha comprendido bien mis instrucciones, Crane?

—Sí... perfectamente, sí señor.

—Un error —le advirtieron fría y ominosamente—, voluntario u accidental, le conducirá a presidio por muchos años... ¡no lo olvide, Crane!

Un silencio. Y de nuevo la voz:

—¡Llévao!so!

—En seguida, jefe —respondió el que se encontraba al otro lado de la mesa.

Y añadió, transcurridos unos segundos, dirigiéndose al atribulado cajero:

—Ya lo sabe, Crane. De usted depende que todo salga bien... o muy mal. Las rejas, son cien mil veces peor que la muerte.

Otro silencio. Luego:

—¡Fuera con él!

El bulto que antes lo ayudara a sentarse apareció junto a Crane.

—Levántate, cajero.

Y no había terminado de hacerlo cuando recibió un segundo y no menos violento golpe en la nuca.

Horas después, Jerry Crane despertaría tendido sobre el lecho de su propio dormitorio.

¡ACCIÓN!

Tony Kestrel fue el primero en asomar por el portalón del 362 de Connecting Street.

Las primeras sombras de la noche ya habían descendido sobre la ciudad de los rascacielos.

La calle no estaba nada bien iluminada y tampoco tenía excesivo tránsito.

Tony hizo una seña con la derecha.

Nadia empujó hacia delante al esposado Jerry Crane que, tras su confesión, habíase comportado como un autómata.

—Tengo mi auto unas diez yardas más arriba, Tony —le dijo la rubia.

—Camina pegada a la pared, Nadia. Crane delante y no lo pierdas de vista un solo instante. Yo iré por el bordillo...

Entonces lo vio.

Al enorme «Oldsmobile» negro que permanecía con los faros apagados y el motor en marcha unas cinco yardas por encima de donde ellos caminaban, amparado en su propia oscuridad y la del anochecer.

Saltó hacia adelante rugiendo poderosamente ante la brusca acelerada.

—¡Nadia! ¡Crane! ¡A tierra! —gritó el federal con toda la fuerza de sus pulmones.

Él ya rebotaba por encima de los ladrillos.

La rubia, con inesperada agilidad, hacia lo propio.

Jerry Crane, desconcertado, inexperto, encerrado como estaba en sus meditaciones, miró de un lado para otro, aturdido.

Nadia saltó como un felino tratando de derribarle.

Tardía maniobra.

El coche había cruzado a su altura como una exhalación.

Vomitando una rabiosa y crepitante andanada de plomo los

cañones de las metralletas que asomaban por las dos ventanillas.

Un eco siniestro cerró con su lúgubre colofón la tétrica salmodia cantada por las armas.

Jerry Crane, contorsionándose, convertido su cuerpo en un surtidor de sangre, iba de un lado para otro de la acera.

Hasta parecía imposible que un cuerpo pudiera sostenerse en pie con tantas balas incrustadas en él.

Tony, en alarde temerario, suicida, habíase lanzado en plancha por encima del vehículo aparcado frente a él que estorbaba su acción.

Giró la cabeza en el aire y entró pies por delante quedando, de una forma inverosímil, derecho en mitad del asfalto.

El «Oldsmobile» casi alcanzaba la bocacalle inmediata.

Por la estrechez de aquélla y la anchura de su carrocería, el chófer tuvo que abrirse lo suficiente como para poder tomar la curva sin riesgo de estrellarse contra la pared.

La pistola de Tony, en aquel momento, escupió un proyectil tras otro.

El eco de la explosión fue saludado con un grito de entusiasmo por parte del agente.

¡Había reventado uno de los neumáticos traseros!

El auto perdió la dirección, negándose a obedecer los desesperados esfuerzos del conductor por dominarlo.

Patino.

Dio una vuelta completa sobre sí mismo para luego salir disparado como una saeta y empotrarse contra la farola cercana, arrancándola de cuajo y llevándosela por delante hasta la pared.

La conmoción fue atronadora.

Tony corría en
zig-zag,
seguido de Nadia.

Se parapetó momentáneamente tras un árbol al percatarse que una de las portezuelas se había abierto.

Saltó un tipo a la calzada metralleta en ristre.

Dos balazos le clavó Tony en el vientre.

—¡Cúbreme mientras repongo el cargador, princesa!

Nadia entró en acción.

Y el fulano que había asomado la cabeza por la misma

portezuela que su predecesor, quedó tendido junto a éste con un proyectil en la frente.

—¡Tiras de maravilla, rubiales! —Aplaudió el del F.B.I.

Se abrieron las dos portezuelas contrarias.

Y listo tuvieron que andar el federal y la rubia para dejarse caer en tierra y girar como peonzas para hurtar sus cuerpos al aluvión de plomo que les enviaban quienes se protegían tras la carrocería del auto.

Tendidos en tierra. Tony atrapó a Nadia por el cabello, trajo su boca a la de él, la besó prolongadamente, dijo:

—La muerte será más dulce si conservo en los míos el sabor de tus labios. Oye, princesa...

Jadeaba ella, entrecortada la respiración por el apasionado beso.

—¿Sí, muñeco?

—Distráelos. Llevo otra pistola entre cinto y pantalón... toma. Ve disparando alternativamente con las dos, pero no desperdicies un solo proyectil...

—¿No has dicho que tiraba de maravilla?

—Correcto. Trataré de sorprenderles por detrás, a nosotros nos favorece el tiempo. Son ellos los que más arriesgan. Estoy seguro que con el estrépito que se ha liado, alguien estará ya avisando a la policía. ¿Dispuesta?

—¡Tony! ¡Ten cuidado!

—No sufras, princesa. Necesito vivir para besarte.

Se alejó, reptando por el suelo como un ofidio, en el instante que los agresores enviaban una nueva lluvia de plomo.

Se percató de la rapidez con que Nadia hacía actuar las dos armas.

Consiguió alcanzar la hilera de vehículos aparcados y avanzar con toda rapidez compatible con el silencio por detrás de ellos.

Ahora, al llegar al punto en donde sus disparos habían alcanzado a la oscura mole del «Oldsmobile» cuando se disponía a tomar el viraje, tenía que salir al descubierto.

Pero en línea recta con la posición que ocupaban los gangsters.

En aquel preciso instante, a lo lejos, aulló una sirena policíaca.

Los malhechores se pusieron en movimiento.

—¡Estáis copados! —gritó entonces Tony.

Giró uno de ellos buscando la voz al tiempo que alzaba el cañón

de su metralleta.

Un proyectil le atravesó la garganta proyectándole violentamente contra la carrocería del auto, antes de que consiguiese oprimir el gatillo.

El otro superviviente, en su afán de disparar sobre Tony, recortó su cuerpo por encima de la capota del vehículo.

Nadia le desintegró la cabeza de un balazo.

Tony corrió hacia ella, y ya juntos, en busca del auto.

La rubia se puso al volante.

Y arrancó velozmente, en marcha atrás, para torcer con pericia y enfilar el cruce superior, cuando ya los faros del coche patrulla brillaban al otro extremo de la calle.

—Me molesta tropezarme con la «Metro» —comentó Tony—. Lo malo es que no hemos tenido tiempo de quitarle...

Con la izquierda, Nadia agitó unas esposas en el aire.

—¿Te refieres a esto, muñeca? Hace mucho que aprendí a abrirlas sin llave.

—Eres todo un encanto... y toda una embustera.

Parpadeó asombrada la hermosa rubia, mirando al federal, sin que por ello aflojara la presión que su pie derecho ejercía sobre el gas.

—¿Por qué... muñeco?

Sonrió él.

—¡Oh, por nada! Nos tomamos la molestia de investigar minuciosamente la vida y milagros de Baldwin Kindaid, ¿sabes?

—¿Y...?

—Soltero. Sin familia. Huérfano de padre y madre desde los doce años... ambos murieron en un accidente automovilístico. No puedes ser su hermanastra, princesa.

Soltó ella argentinas carcajadas.

—Infeliz de mí —pareció burlarse, mientras tomaba un suicida viraje—, creí que habías «tragado».

—Tengo el gazoncito muy estrecho, princesa. ¿Me cuentas tu vida?

Con la izquierda abrió un departamento del tablier.

Sacó un porta carnet. Lo tendió al hombre.

—Lee.

Tony no demostró el asombro que cabía esperar.

—Vaya con la princesa de uñas afiladas. Impresionante, palabra. Nadia Pearson, Interpol. ¿Qué busca la Interpol por estos lares?

—En Francia e Inglaterra —explicó ella con grave aspecto—, se han cometido atracos de idénticas características. Los hechos hacen suponer que la organización está dirigida desde Nueva York.

—Muy interesante. Y después de haber oído la conversación del amigo Crane, ¿qué opinas?

—Confieso que estoy confundida.

Una mueca irónica asomó a los labios del hombre.

—¿Has oído que mencionaba un teléfono con extraño auricular en el que se hallaban adaptados un par de conos truncados?

—Sí. ¿Y...?

—El jefe supremo. Habla y escucha a distancia. El hombre de paja a quien los de la pandilla creen el jefe se comunica con el otro por teléfono. Y a través de unos amplificadores, les habla y oye lo que dicen las infelices víctimas como Crane. De todas formas, princesa, tenemos un par de pistas que investigar. «Mónica Club» y una hermosa mujer de ojos verdes llamada Raquel. ¡Ah!, y otra dama que tú no conoces, de nombre Mary Thoren, amiga del «soplón» que emplearon para enredar a Butler y de rechace al director del Banco. Debemos reconocer que la trama es ingeniosa. Desde el principio, o sea desde la intervención del tal Lonsdale Reynolds. Veremos si por la descripción que de él ha hecho el infortunado Crane, consigo localizarlo en los ficheros. Muerto el cajero, carecemos de las pocas evidencias que con su declaración firmada de puño y letra hubiésemos tenido —se interrumpió repentinamente, exclamando—: ¡Detente ahí, Nadia!

Sorprendida, aplicó los frenos con brusquedad.

—¿Por qué?

—Porque voy a besarte como merece ser besada una agente de Interpol.

A juzgar por lo que ocurrió en el transcurso de varios minutos, una agente de Interpol requería una serie de peculiaridades para ser besada.

Se arregló ella el jersey.

—Eres... un volcán, muñeco.

—Y tú una hoguera, princesa... qué está pidiendo a gritos ser apagada.

Busquemos la vuelta y...

—Pon en marcha el «cacharro», «agenta». Y detente ante la primera cabina telefónica que encontremos.

—¿Para...?

—Comunicarle a un amigo el retrato hablado del tal Lonsdale, decirle que de vacaciones a unos pobres muchachos que se pasan el día recorriendo bancos y comprobando firmas, demostrarle que mí «modo» es bastante bueno y darle instrucciones para que vigile a un tipo que he conocido hoy, al que no le he sido simpático, y cuyo papel en todo esto no veo todavía claro.

Luego te cambias. No digo que te pongas más hermosa.

Porque es imposible, y te preparas para acompañarme a cenar a un distinguido local llamado «Mónica Club». Yo, mientras te haces la *toilette*, visitaré a la tal Mary. ¿De acuerdo?

—Tú mandas, volcán.

POR EL BUEN CAMINO

La brisa del río impregnaba el aire de un salobre amargor que se pegaba al gaznate como una cinta adhesiva.

Sórdido.

Angosto.

Mezquino.

Ruin.

Así era aquel barrio mal iluminado, peor oliente, lóbrego, de calles estrechas y edificios de ladrillos rojos con dos plantas a lo sumo.

Almacenes de compañías navieras.

Naves destinadas al amontonamiento de chatarras.

Solares que servían de estercoleros.

Estrechos portalones.

¡Un asco!

Repartidas por las escasas farolas, recostadas indolentemente en ellas, cuatro desheredadas de la fortuna, metidas en años y carnes flácidas, susurraban al paso de cualquier militante del sexo opuesto ciertas «poesías» no transcribibles.

Por allí caía el lugar.

Tras soportar unas cuantas aberraciones que con sólo oírlas revolvían el estómago conseguía alcanzarse...

Wave Street.

Número 18.

«YELLOW BIRD».

Traducido. «PÁJARO AMARILLO».

Por la foto pegada en el muro de la derecha antes de alcanzar la puerta cristalera provista de persianas graduables, uno podía irse haciendo una idea del plan.

La fulana tenía por pseudónimo artístico: «Fabulosa Anny».

Y de vergüenza, tenía la mínima cantidad que se exige a una mujer para dejarse fotografiar con zapatos y sombreros.

No es que estuviera desnuda... es que había olvidado vestirse.

Consecuencia de la democracia mal entendida.

Estaba a media hora de cumplir los cuarenta.

Pero seguía tirando del «cuponcito».

Lo cierto, verdad por delante, es que todavía conservaba unas formas medianamente pasables.

Se adivinaba que en sus tiempos había sido guapa.

Tony se encogió de hombros.

La vida era así de dura. Tenía esas jugarretas.

Sin preocuparse más de la «Fabulosa Anny» empujó la cristalera con su persiana graduable.

¡Menudo panorama!

Un colector de basura con dos, patas convertido en ¿qué decían que era aquello?

Un verdadero tugurio.

Entre las luces rojas y verdes, el humo del tabaco y el calor sofocante que allí dentro reinaba, uno estaba como una «cuba» con sólo dar dos pasos sin probar un tercio de *whisky*.

En un tablado del fondo cuatro chicas menos fabulosas que Anny pero bastante más jóvenes hacían demostraciones de como pillar un constipado a cincuenta grados del termómetro centígrado.

Alrededor, los calvos sesentones de ritual, como pulpos, estirando manos... y hasta pies poco menos.

Lo de siempre. Las cañas trocadas en lanzas. El otoño de la vida hacía rememorar los laureles de la primavera.

¡Toma! Hasta había algunas parejas bailando. Bueno... bailar es decir eufemísticamente lo que hacían.

Otros preferían la relativa tranquilidad de una mesa para gastarse quince dólares en *whisky*... y luego unos cuantos más en la acompañante.

¿Olor...?

Hedor. Penetrante. Mezclado.

Calcetines de muchos años en uso, sobacos, perfume del «caño» gordo, *rouge baiser*...

Ahora, algunos aplaudían.

¡Ahí! La tímida ovación procedía de manos con cabeza pelada y estaba dirigida a las ninfas de la «penicilina».

Las vio desfilar por la estrecha y corta pasarela que conducía a una puertecilla.

Se inclinaban al pasar por ella, expuestas a las «grapas» de la peña «cabezas de billar».

Mujeres sucias por dentro y por fuera, golfos de nombre y otros en embrión, cuadros revulsivos...

«Yellow Bird».

Tony decidió tomar la cosa con tranquilidad. Por allí debía rondar la tal Martha, amiga del tal Adams, confidente usado por el jefe enigmático para enredar al tal Butler... era posible que ella nada supiese.

O si.

A codazo limpio alcanzó el repugnante mostrador, apartando alguno de sus repugnantes clientes.

—¡Tú! ¡Ven acá!

El seudobarman se acercó a Tony moviéndose de una manera muy sospechosa.

Afortunadamente estaba la barra de por medio.

—¿Eres nuevo, verdad moreno?

—Ponte gafas, rico. Soy rubio desde antes de llegar al mundo. ¿Anda Mary por ahí?

Se pellizcó la barbilla con la diestra, apoyando la zurda en la cintura.

¡Menudo elemento!

—Mary... ¿Mary Thoren?

—Eres un lince, monísimo. ¿Dónde está mi admirada Mary?

—Pues mira, chico. Si no me equivoco, la encontrarás en el reservado tres... muy bien acompañada. El tío tiene «pasta», ¿sabes?

—¡Oh! Me hundes en la más profunda desmoralización. ¡Hasta luego, rico!

Los reservados se alcanzaban por una puerta estrecha que caía debajo de la que facilitaba acceso a la pasarela que conducía al tablado.

Luego, como el pasillo de la primera descendía y el de la segunda ascendía, se unían para formar un solo corredor.

Al final, recodo de la izquierda.

Un letrero «RESERVADOS».

Número tres.

Puntapié y agárrate como puedas.

La puertecilla estuvo en un tris de saltar de sus goznes y astillarse.

—¿Puedo entrar? —inquirió el federal en un chorro, de ironía.

El tío con mucha «pasta», sin decir esta boca es mía, salió lanzado hacia delante como un rinoceronte.

Furioso por la descarada interrupción.

Tony se alzó en el aire aferrando sus manos al dintel de la puerta y recibiendo al otro por suela de zapatos.

Lo mandó contra la mesita, derribando vasos y botella.

La mujer, asustada, había saltado hacia un lado.

Cuando el tío se rehízo, Tony le clavó el puño derecho en el estómago y el izquierdo en la barbilla.

Al suelo. K. O.

Por el cuello del «saco» lo arrastró hasta el pasillo dejándolo tendido en mitad de él.

Se coló en el reservado, cerrando la puerta como buenamente pudo.

—¡Hola, Mary! Te ves muy bien esta temporada.

—¿Quién eres tú?

—El hermano mayor de Blanca Nieves.

Trigueña.

Ojos azul oscuro.

Labios rojo carne.

Cuerpo bien formado de cintura breve, senos descarados, caderas excitantes muy embutidas en la falda tubo, piernas largas y bien formadas.

No hablemos de la blusa.

Con botones, pero como si no...

—¿Quién eres? —insistió ella.

—Ya te lo he dicho, ¿acaso no te parezco sincero? Abróchate... soy muy impresionable. Y siéntate. Llevas la falda muy cortita y yo tengo una imaginación muy desatada.

Obedeció un tanto confusa.

—¿Qué quieres de mí?

Observó su mirada huidiza. Su inquietud. El ligero temblor de

sus manos.

Drogada.

«Ju-ju», «cocó» y lo que se presentara.

—¿Fumas?

Se encogió de hombros con hastío.

—Trae uno.

Se lo tendió Tony al tiempo que le acercaba una bengala encendida.

Él, prendió otro.

—Johnny Adams —soltó de repente Tony entre una nebulosa de humo.

—Está muerto.

—Eso me han dicho, reina.

—¿Para quién trabajaba?

—Para la «bofia».

—Eso me han dicho. ¿Para quién más?

Se encogió nuevamente de hombros.

—Él te contestaría mejor a eso.

Tony sonrió burlona y peligrosamente.

—No escucharía bien mi pregunta a través de una losa de granito. Pero tú... buena amiga, cariñosa, complaciente, leal sobre todo, porque veo con cuánto sentimiento honras su memoria, responderás a lo que él desdichado, «fiambre», muy cadáver, no puede responder.

—No sé nada —y lanzó una bocanada de humo mientras jugueteaba maliciosamente con los botones de la blusa.

—Aunque te esfuerces me quedo tan tranquilo. He visto señoras con bañador, con bikini, sin, vestidas, poco vestidas y nada cubiertas. Ahórrate las artimañas, ¿eh, reina?

—Yo gusto a muchos, guapo.

—Aquí tienes a la excepción, Mary. Bueno chata, dispongo de poco tiempo. Tengo cita con una dama, ¿sabes? Y como suelo ser puntualísimo... ¿para quién trabajaba Johnny además de colaborar con la «bofia»? Concretamente, ¿por orden de quién le largó a Butler el «soplo» sobre el atraco que se iba a perpetrar en la «New York

Banking & Trust
Corporation»?

Mary alzó sus ojos azul oscuro.

—Ni idea.

—¿Te «casco»?

Se puso como una gata.

—¡Inténtalo!

—Si te doy, te daré fuerte. Piénsalo antes de que apriete el botón que pone en funcionamiento mi otro yo.

Atrapó la botella que se había roto al caer al suelo.

Apuntó hacia él las puntiagudas aristas del cristal astillado.

—Ven... ven... —le desafió—. Te dejaré en esa cara de muñeco un inolvidable recuerdo.

Fue.

Antes de lo que ella esperaba.

En

zig-zag,

por los aires, atrapando la muñeca que sostenía la rota botella, volteando a la gata hacia el otro extremo.

Tirada en tierra.

Falda arrugada, blusa desgarrada, expresión odiosa, brillo encendido en los ojos, sucia la boca al decir:

—¡Tu madre, cerdo!

Tony suspiró profundamente.

—Te pones tonta, lo siento.

Y en un abrir y cerrar de ojos la alzó del suelo abofeteándola con dureza.

Le puso las mejillas violáceas.

—¡Basta...!

Le sacudió un par más de impresionantes bofetadas.

—Sé tratar a toda clase de mujeres, reina. Mi abuelo me daba excelentes consejos. ¿Para quién trabajaba tu amigo?

Se frotaba el rostro.

Temerosa ahora.

—No... no sé el nombre. Él... lo llamaba «jefe». Pero tampoco le conocía. Le daban órdenes por teléfono.

—¿Número?

—Lo ignoro. Johnny nunca mencionó ese teléfono.

—¿Le creo?

—Puedes matarme, es imposible que te diga lo que no sé.

Tony tiró el cigarrillo y lo pisoteó.

—Correcto, reina. Pero no te descuides. Cualquier día te hago otra visita.

Salió volviéndole la espalda.

Nada más regresar al repleto local, se ocultó tras un grupo de marineros y «doctoradas» muy cerca del teléfono.

Esperaría unos minutos. Hasta comprobar si se confirmaba su corazonada.

Poco tuvo que aguardar.

Pronto asomó por la puertecilla la esplendorosa y excitante silueta de Mary. La vio dar un vistazo al local y encaminarse decididamente al teléfono.

Aproximándose a riesgo de ser visto no consiguió fiscalizar el número que ella marcaba, pero sí escuchar sus palabras, aunque con cierta dificultad.

»—¿Jefe...?

—¿...?

»—Acaba de venir un tipo que huele a “bofia” preguntándome para quien trabajaba Johnny.

—¡No! Le he dicho que trabajaba para alguien a quien él llamaba «jefe».

»—¿...?

»—¿Me cree una estúpida? ¡No le he dado el teléfono!

»—¿...?

»—¡Sí, sí, se lo ha “tragado”!

»—¿...?

»—Claro que estoy segura de que se ha marchado. ¿Estaría llamándole de lo contrario?».

En aquel instante, casi rozando la espalda de ella. Tony, en un alarde de sangre fría, caminó en dirección a la puertecilla.

Reservado tres.

Aguardó, fumando un nuevo pitillo.

Sabía que ella había de regresar por el bolso. El que estaba sobre la mesa y que no llevaba al acercarse al teléfono.

Mary había puesto la mesa en pie, el bolso encima, encargado a uno de los que mantenían el orden retirara el cuerpo de su maltrecho acompañante.

Se abrió la puerta.

Recibió un violento empujón que la proyectó contra la pared opuesta.

Apareció Tony, cerrando la oscilante hoja de madera.

Se rehízo, mirando al hombre con ojos asustados.

—Ahora, reina, dame el teléfono. De lo contrario... —Le paseó cerca de su respingona nariz la credencial—, te llevaré al calabozo más lóbrego de la división, me quedaré a solas contigo, sin chaqueta, en mangas de camisa, dispuesta a recibir y yo a golpearte donde más te duela... hasta que me des ese teléfono. Ha sido un error precipitarte en la llamadita de marras. No «trago» tan fácil como le decías al «jefe». ¡Desembucha!

Mary, como buscando cobijo, estaba arrinconada en uno de los vértices de la reducida estancia.

—¡Te lo suplico...! —exclamó con genuino terror—. ¡Me matarán!

—Me importa un cuerno, ¿sabes? De esa forma te evitarás tomar tantas porquerías como tomas. Ya no te lo digo más, reina: ¿El número?

Estaba aterrada.

—¡Por favor...! ¡Créeme! Será firmar mi sentencia de muerte.

—Robespierre firmó un puñado de ellas. Guillotina va y guillotina viene. A ti te matarán de un balazo. Se pasa menos miedo... al menos eso parece.

—3, 2, 5, 4, 6, 0, 7... —desgranó con lentitud—. Y ahora... —Su voz se tomó como el rugido de una bestia herida—. ¡Canalla! ¡Asesino! Tú has acabado de destrozarme.

Sonrió Tony.

—Me voy, sí. Pero tú conmigo, ¿de acuerdo? Así me aseguraré de dos cosas. Una: que no te liquidan. Otra: que no me has largado un número de teléfono «equivocado». ¡Recoge tu bolso! ¡Andando!

Tony, que pese a ser un hombre de acción, era además deductivo y buen sicólogo, comprendió por la rapidez con que ella obedecía que no le había engañado con respecto al número.

Y que aceptaba la protección, aun sabiendo que se pasaría una temporada entre rejas, de muy buen grado.

La «trincó» por un brazo cuando llegaron a la infecta y maloliente sala.

Pero Mary no intentó argucia alguna para escapar.

Salieron a la calle y caminaron un buen trecho hasta alejarse de los muelles y encontrar un taxi.

—Tú primero, reina. Nunca olvido las buenas normas que me enseñó el abuelo.

—Sí... —musitó ella con desprecio mientras penetraba en el vehículo—, ya he visto que aprendiste mucho de tu abuelo.

El taxista se volvió, guiñando un ojo a Tony.

—¿Dónde vamos, parejita? —inquirió picaresco.

—A la División del F.B.I.

Abrió los ojos.

¡Menudo chasco!

Ni preguntó la dirección.

—¿Conoce el domicilio, amigo?

—Sí... sí, agente. He ido otras veces. Puso el vehículo en marcha.

HACÍA EL JEFE DESCONOCIDO

—«Agenta»... estás espeluznantemente cautivadora.

—Nunca me habían dicho un piropo tan retorcido, volcán.

—Todo yo soy así de retorcido.

Había sustituido el jersey rojo y los negros pantalones.

¡Pero cómo!

Traje de noche.

¡Qué noche!

Azul claro.

¡Cómo sus ojos!

Talle alto.

¡Qué talle!

Escote cuadrado.

¡Qué cuadro!

—¿No te cansas de mirarme?

—Ni en mil años de vida que tuviera. Vas a conseguir que me enamore de ti, princesa. Y eso, sería peligroso.

—¿Por...?

—Soy capaz de casarme contigo. ¡Pobre Interpol! Sonrió ella, más tentadora que nunca.

—¿Qué esperas para besarme?

—Eso... que tú me lo pidas.

—¡Fatuo!

—¡Preciosa!

Beso de antología.

Dos minutos para recobrar la respiración.

—Cambiano de tema —dijo Tony con un cinismo extraordinario—, ¿te cuento mis últimos adelantos?

—Me tienes en ascuas, volcán.

Narró lo sucedido en «Yellow Bird».

—¿Deducciones, federal? —inquirió la esplendorosa Nadia.

Esbozó un rictus ingenuo.

—Si confirmamos el teléfono por mediación de esa rica llamada Raquel, tendremos al hombre de paja que se hace llamar jefe, sin serlo. Por él, el «pescado» gordo de la banda. Le sacaremos toda la información relativa a sus organizaciones en Francia e Inglaterra, lo acompañaremos a la División, pondré todo el material en manos de mi amigo Charles McLean para que él se encargue de preparar el expediente y pasarle al fiscal un caso bastante fácil.

—¿Y cuándo ocurrirá todo eso, soñador?

—Con un poco de suerte, antes de la madrugada.

—¿Los del F.B.I., te llaman el rayo?

—¡Oh, no! Me llaman la saeta. Mi jefe, un tipo muy bromista llamado Walwort, está acostumbrado a que le desenrede las madejas más liadas en cuestión de horas. ¿Qué culpa tengo yo de ser tan activo?

—Murió tu abuela, ¿verdad?

Rió él silenciosamente.

—Sí. La pobre tenía muy enfermo el corazón. Pero mi abuelo duró hasta los noventa y ocho. Me dio magníficos consejos. A los catorce años había sido *sheriff* en no sé qué lugar del Oeste. ¡Pobre «viejo»! Era todo un tipo.

—Basta con ver la herencia, volcán.

—Mereces otro beso, «agente». Me veo incapaz de describirlo.

Estaban detenidos en una bocacalle oscura, estrecha, intransitable, apropiada para lo que no se puede describir.

Pasó un beodo de primera división aporreando la tapa del motor.

—¡Ya está... ya está bien! ¡De... hip... de cuando en cuando en... hip... en cuando... —soltó un ruidoso eructo—, respi... hip... respirar!

Tony sacó una mano fuera y lo empujó hacia el otro lado.

Poco le costó caerse.

—Pon esta tortuga en marcha, princesa. Rumbo al 1317 de Bruckner Boulevard. Sin desviar tu atención del cintado de alquitrán, ves oyendo mis planes.

Salió de la callejuela en marcha atrás.

Embrague. Primera.

La tortuga «zumbó» hacia adelante.

—Te oigo, eminencia.

—Correcto. Entraremos por separado... ¡ah!, pero no se te ocurra coquetearme con nadie porque te astillaré esa deliciosa boquita que tienes.

—Muy persuasivo.

—Eres exclusiva del nieto de su abuelo, ¿correcto?

—Diáfano.

—Yo procuraré localizar a la tal Raquel, contando con que tengamos la suerte de que esté en el club. Me imagino que su misión es acudir cada día a la espera de incautos como el pobre Crane. En el caso de que de con ella le haré toda clase de preguntas sospechosas para, cuando la deje, obligarla a comunicarse con el jefe por teléfono. Tú estarás pendiente de nosotros. Cuando la veas acercarse a la cabina situada a una prudencial distancia con disimulo, te pones estos gemelos... —Sacó del bolsillo de la chaqueta unos diminutos prismáticos—, localizas el número y te reúnes conmigo fuera. ¿Está claro, «agentas»?

—Si me das otro beso sin privarme ver la carretera... estaré de acuerdo.

¡Qué hombre el federal!

¡Aquello era una prueba de como el F.B.I. adiestraba a sus agentes especiales!

Prácticos en toda clase de tareas.

Tony estuvo repitiendo la operación, sin dificultar la visibilidad de Nadia, hasta que llegaron a cinco yardas del local.

Y cuando empezó, faltaban quinientas para llegar.

Buena zona de aparcamiento.

Para gente «forrada», distinguida, elegante y tal «Mónica Club».

Sólo con verlo, uno se olvidaba del mal sabor de boca que le había dejado en el paladar aquella guarrada de «Yellow Bird».

Por separado.

De acuerdo con las instrucciones del abuelo, siempre cediendo la prioridad a las señoras.

Abuelo había sido muy cortés a lo largo de sus noventa y tantos años de existencia.

Portero con gorra, uniforme estridente, charreteras, reverencia parisiense y sonrisa estereotipada.

—Bien venido, caballero.

—Procuraré ser «bien salido», mi honorable funcionario.

¡Qué derroche de luz!

Menuda facturita cada día treinta y uno.

Y los cortinajes tampoco costaban nada.

Un bar-barra con camareros de rigurosa etiqueta sirviendo con exquisita corrección.

¡Poderoso caballero don dinero!

Las damas, solteras, viudas, desgraciadas... quiere decirse casadas, lucían con toda la magnificencia de su hermosura o de sus cosméticos, según se hubiera portado con ellas la madre naturaleza, exhibiendo toda clase de joyas a cuál más deslumbrante.

Pronto localizó a Nadia, curioseando distraídamente junto a una mesa de *bacarrá*.

Él fingió interesarse por la ruleta.

Tony Kestrel, agente especial del «Federal Bureau of Investigation», podía ser un hombre inteligente, de acción —por eso sus jefes lo usaban con oportunismo—, pero ante todo, era un tipo a quien la suerte no había dejado de acompañar desde el instante en que lo bañaron por primera vez.

Los hay que no creen en lo de la estrella.

Siguiendo de cerca al agente del F.B.I., una llegaba a creer hasta en las constelaciones.

Había nacido con una entera para él solo.

Y prueba más que evidente de ello, el hecho...

—¡Veinte, rojo! —desgranó el *croupier*.

La mujer que estaba siguiendo atentamente las evoluciones de la ruleta forzó un mohín de disgusto.

¡Tenía los ojos verdes!

Era hermosa.

Con un alucinante vestido negro.

Bella.

Con unos ojazos intensamente verdes.

Tony, como siempre, se jugó la partida a una carta.

Plantándose al lado de ella, susurró a su oído, inclinándose:

—Lo siento... Raquel. ¿No hay suerte esta noche?

Alzó vivamente su cabeza de cabello peinados en alto.

Sorprendida.

Mirando con intensidad al atlético rubio de ojos negros, al

hombre desconocido de facciones agradables que parecía conocerla.

—¿Cómo sabes mi nombre? —inquirió con sonrisa cautivadora y elocuente mirada.

—Soy algo así como el Mago Merlín. Adivino nombres... — Antes de que ella completara el movimiento iniciado por sus brillantes labios, agregó él—: ¡Oh, no! Va sé lo que vas a decirme. Todavía no he conseguido adivinar en qué número va a caer la bola, pero no desconfío, soy un tipo perseverante. ¿Me permites un consejo, Raquel?

Como lo miraba ella, ¡cómo!

—Los que quieras... Merlín.

—La suerte huye de ti esta noche. Los hados te son esquivos. ¿Tomamos un combinado?

Le ofreció galantemente el brazo.

—¿Qué quieres tomar? —inquirió Tony una vez sentados, antes de que llegase el camarero.

—Un «Martini». Bien seco.

Al llegar el del *smoking*, dijo el agente:

—Dos «Martinis». Uno bien seco. Otro, casi «chupado».

Raquel lanzó una estentórea carcajada.

—Oye, muñeco. De veras, ¿cómo sabes mi nombre?

Kestrel, dispuesto a desconcertarla por completo, hundió la diestra en el bolsillo interior de su americana.

Extrajo un porta carnet.

Lo abrió, poniéndolo bajo el par de esmeraldas que ella tenía por ojos y que, al leer, se desorbitaron.

—Tony Kestrel, del F.B.I. —acabó de presentarse el agente.

—¡Pero...! —balbució ella.

—No he podido resistir la tentación de conocer a una dama tan altruista y caritativa como tú —la atajó con voz imperiosa—. Una mujer que llama a un número de teléfono y pide ayuda para cualquier semejante que se encuentra en apuros económicos. Como... ¿Jerry Crane por ejemplo? ¡Eh!, no vayas a decirme que nunca has oído ese nombre, que no sabes de lo que te hablo... en fin, todas esas frases hechas de las que tanto se ha abusado. Limitate a decirme el número de teléfono y el nombre del jefe, ¿correcto?

Había conseguido plenamente su propósito de desconcertarla.

Be todas formas, reaccionó ella con una decisión inesperada.

Inquirió, fría ahora la mirada de costumbre invitadora:

—¿Se me acusa de algo, agente?

—Es una posibilidad que estoy estudiando, preciosa.

—¡Entonces... —exclamó alzando el tono de voz, chispeantes los verdes ojos—, lárguese inmediatamente de mi lado! Permanezca un segundo más a mi lado y haré que lo detenga la policía por... tratar de propasarse. ¡Fuera, federal!

Las cosas iban saliendo conforme a lo previsto.

Tony se puso en pie.

—Correcto, fierecilla. Pero procura no cambiar de domicilio ni alejarte de Nueva York. Mañana por la mañana, prontito, te cepillaré esa nariz respingona con una orden de arresto. ¡Hasta mañana, Raquel!

Y salió en dirección a la puerta, procurando que ella pudiese seguir todos sus movimientos.

En la zona de aparcamiento. —Nadia había dejado las llaves puestas—, hizo arrancar el coche con suficiente estridencia.

Se detuvo cincuenta yardas más abajo, dio la vuelta, inició el regreso...

Le metieron algo frío, duro y redondo, en el cogote.

—¿A dónde vas hermano, a dónde?

Lo vio por el «retro».

—Pues... en atención a ese cacharro que sostienes con tanta firmeza, donde tú quieras.

Un fulano de cara truculenta y ojos sádicos. Expresión de homicida nato.

De esos que nacen para «liquidar» a cambio de unos billetes.

—Iremos...

El brusco acelerón y el frenazo subsiguiente, pillaron al agresor totalmente desprevenido.

Tony se revolvió como una centella.

Saltó al asiento trasero con pasmosa agilidad. Rodaron entre asiento y piso del coche.

Tony se revolvió en felino alarde, tratando de aferrar la mano que seguía empuñando la automática.

Su antagonista había quedado contra el piso, de lado, bajo la presa de las rodillas del federal.

No obstante, con la derecha, por detrás de su cuerpo, alzó el cañón del arma.

Oprimir el gatillo eran fracciones de segundo.

A quemarropa.

Mortal de necesidad.

Asimismo, con mucha más rapidez de la que se necesitaba para narrarlo, lo comprendió Tony.

Su zurda centelleó en el aire.

Fulgurante.

Descendiendo con estremecedora contundencia, en letal golpe de karate, sobre el cuello de su contrincante.

Cuando ya el dedo se cerraba en torno al gatillo.

La pistola escapó de sus dedos.

Torció la cabeza sin exhalar un gemido.

Muerto.

Tony saltó del coche corriendo hacia el otro lado para abrir la portezuela, sacar el cadáver, arrastrarlo hacia un núcleo de cercanos arbustos, esconderlo entre ellos, regresar al vehículo, acomodarse al volante y regresar a las cercanías del club.

Nadia lo esperaba fuera de la zona de aparcamiento.

Por la expresión del agente comprendió que algo había sucedido.

No hizo preguntas.

Se limitó a subir por la portezuela que Tony mantenía abierta y cerrar con presteza mientras el hombre enfilaba la carretera como una exhalación.

—¿Ha telefoneado?

—Correcto. Todo de acuerdo con sus predicciones, señor Merlín. ¡Ahí va el número!, 3, 2, 5, 4, 6, 0, 7.

Cabeceó Tony.

—¡Uhú! —exclamó—. Es el mismo que le he sacado a Mary.

Nadia recostó su rubia cabeza en el hombro de Tony.

—Estamos llegando al final, volcán. ¡Eh! —Levantó la cabeza repentinamente—, ¿qué te ha sucedido?

Las huellas de la pelea estaban evidentes en el rostro del federal.

—Un pequeño percance.

Y narró lo ocurrido.

—¡Bravo, tarzán! Hombres como tú necesita la Interpol. Menos

pensar y más acción. ¿Y ahora... dónde vamos?

—Rumbo a la primera cabina telefónica.

EL HOMBRE DE PAJA

—Operadora, operadora... quiero con toda urgencia el nombre y dirección del abonado a quien pertenece...

Le cortaron al otro lado con evidente disgusto:

—¡Oiga, oiga! El servicio de información no trabaja de noche. Yo soy...

—¡Me importa un rábano quien sea usted! Le habla Anthony Kestrel, agente especial del F.B.I. Si no contesta inmediatamente a mis preguntas, le garantizo que dentro de unos minutos estoy ahí. Y de momento, no la libra ni el mismísimo Presidente de pasar esta noche en un calabozo. ¿Me ha entendido, operadora?

Un leve titubeo.

—Sí... sí, agente.

—El número es, 3, 2, 5, 4, 6, 0, 7. Espero su respuesta.

—Un momento... consultaré las fichas.

Tardó alrededor de dos minutos en ponerse de nuevo al auricular. Anunció:

—Tome nota.

—Puede decir, anoto.

—Joseph Rosman. Anticuario. E. 4 Th St., número 7, en Greenwich Village.

—Correcto. Gracias.

Salió de la cabina, dirigiéndose al coche.

—Ya lo tengo —anunció acomodándose frente al volante—. Vamos a escuchar como canta el «pájaro».

Enfiló Bruckner Street a una velocidad casi suicida.

Alcanzó el brillantemente iluminado Triborough Bridge, introduciéndose en el Queens, siguió su loca carrera por Astoria Boulevard, enfiló un arriesgado viraje a la altura del Queensborough Bridge, lo atravesó en segundos pasando por encima de Welfare Island, se introdujo en Manhattan efectuando un

viraje tan peligroso como el anterior al meterse por Third Avenue.

Al rodar por Manhattan se vio obligado a levantar ligeramente el pie del acelerador.

Torció bruscamente por Houston Street.

De nuevo por Broadway hasta alcanzar Greenwich Village.

Se detuvo a la entrada del proyecto de callejuela, porque ni a eso llegaba.

Fuera del vehículo, ayudó a bajar a Nadia.

E.

4 Th.

Street, 7.

Un letrero sucio, resquebrajarlo, construido con un maderón rectangular, decía: «Joseph Rosman. Compra y venta de antigüedades».

Estaba cerrado. Lógico en aquella hora.

—¿Echamos la puerta abajo? —inquirió ella irónicamente.

Tony no demostró contrariedad. Estaba estudiando la situación de la puerta del tienducho y del oscuro portalón adyacente.

—Esto es tan antiguo como lo que se vende dentro. Juraría, como ocurre en muchos casos, que 2a tienda tiene otra entrada por la escalera. ¿Apuestas algo?

Ella enarcó las cejas.

—¿Apostar...? ¿Contigo...? ¡Cá! Ni hablar, volcán.

—Pues a seguirme tocan, princesa.

Usó de una lámpara de bolsillo extraplana para iluminar el tenebroso portal.

Imponía; palabra.

Ni una luz. Ni un ruido.

Al fondo, en la izquierda, se iniciaba la escalera que subía a los pisos.

POR EL BUEN CAMINO

La brisa del río impregnaba el aire de un salobre amargor que se pegaba al gaznate como una cinta adhesiva.

Sórdido.

Angosto.

Mezquino.

Ruin.

Así era aquel barrio mal iluminado, peor oliente, lóbrego, de calles estrechas y edificios de ladrillos rojos con dos plantas a lo sumo.

Almacenes de compañías navieras.

Naves destinadas al amontonamiento de chatarras.

Solares que servían de estercoleros.

Estrechos portalones.

¡Un asco!

Repartidas por las escasas farolas, recostadas indolentemente en ellas, cuatro desheredadas de la fortuna, metiditas en años y carnes flácidas, susurraban al paso de cualquier militante del sexo opuesto ciertas «poesías» no transcribibles.

Por allí caía el lugar.

Tras soportar unas cuantas aberraciones que con sólo oírlas revolvían el estómago conseguía alcanzarse.

Wave Street.

Número 18.

«Yellow Bird».

Traducido: «Pájaro Amarillo».

Por la foto pegada en el muro de la derecha antes de alcanzar la puerta...

En la derecha, cuestión de cinco yardas más adelante, veíase el

negruzco marco de una puertecilla.

—Has hecho bien en no apostar, princesa. De todas formas...

Giró repentinamente sobre los talones, la ciñó por la cintura, estampó en sus rojos labios un beso.

Un beso con tratamiento de usía.

—Ahora... —dijo jadeante—, verás qué buen ladrón hubiese podido ser.

Estaba frente a la puertecilla manipulando con una delgada lámina de acero la débil cerradura.

Saltó. En segundos.

—Te aconsejo que lleves tu pistola en la diestra. Pura precaución.

Él extrajo la suya de la funda axilar.

Se introdujeron cerrando silenciosamente tras ellos.

Actuó la linterna.

Estanterías con molduras del género más estrafalario habido y por haber, repletas de toda variedad de mamarrachadas.

Relojes, bustos, estatuillas, jarrones, cerámicas, monedas... bueno, lo que era lógico encontrar en un establecimiento de antigüedades.

El estrecho cono luminoso fue viajando de una parte a otra.

Hasta tropezar con la pared que había detrás de los dos mostradores, o del mostrador partido en dos.

El haz de luz se detuvo frente a la pequeña puerta existente en el centro del tabique.

—Yo entraré primero, princesa. Si me sorprende el amigo Rosman, actúa a tu albedrío.

—Correcto, volcán.

Caminó con extraordinaria cautela pasando entre los mostradores hasta alcanzar la puerta.

No tuvo necesidad de forzarla.

Estaba cerrada pero no con llave.

Asió el tirador, accionándolo, para empujar con exasperante lentitud la hoja de madera.

Había apagado la linterna.

Con la izquierda fue tanteando la pared en busca de un conmutador. Lo encontró a los pocos segundos, dándole media vuelta.

Se encendió una luz infrarroja.

¡La estancia donde llevaran a Jerry Granel!

Esperó a que sus ojos se acostumbraran a la bombilla encamada que, momentáneamente, apenas disipaba las tinieblas.

Dejaron de serlo para convertirse en penumbra.

Lo vio entonces.

—¡Nadia! ¡Aquí!

Llegó la muchacha a su lado, parpadeando a efectos de la luz.

Tony ya estaba en el fondo de la estrecha estancia.

Alzando por los cabellos la cabeza que yacía encima de una pequeña mesa, agujereado el cráneo de dos balazos.

La rubia, junto a él, inquirió:

—¿Joseph Rosman?

Cabeceó, cuadradas las mandíbulas, chispeantes los ojos negros.

—¡Maldita sea! Cuando estábamos a un paso. El maldito jefe que se oculta en las sombras, el cerebro rector de la organización... ¡se nos ha anticipado! Lo mismo que si hubiera intuido nuestros movimientos.

Nadia comprobó el número del teléfono que había sobre la mesa.

Y como tenía dos cajones por banda, empezó a registrarlos.

En el primero, encontró los dos conos truncados de que hablara el cajero Crane y que, como Tony supusiera, eran dos amplificadores.

—Por uno escuchaba, por otro hablaba. Desde su teléfono particular... —murmuró el agente con rabia difícilmente contenida—. Éste... —Le dio un manotazo a la cabeza del cadáver—, era el único que conocía su identidad y el único que podía habernos proporcionado la clave.

—¡Eh, Tony! —exclamó Nadia, que seguía registrando los cajones—. ¡Mira esto!

Le tendía un retrato.

—¡Bah! —Rehusó con desdén—. Una mujer. Sin duda debía ser la amiga de...

Se interrumpió bruscamente con un brillo casi febril en los ojos.

—¡Princesa! —clamó vehemente—. ¡Haré que te levanten un monumento en la plaza más importante de cada ciudad de los Estados Unidos!

Nadia, desconcertada, altamente sorprendida, balbució:

—¡Pero...! ¿Qué... qué sucede ahora, Tony?

Le devolvió el retrato.

—Lee la dedicatoria.

Lo hizo. Decía: «*Siempre te amaré, Joseph. Tuya, Grace. 30 – 12 – 1819*».

—No... no lo comprendo, volcán.

—Yo sí, hoguera. ¡30 – 12 – 1819! ¿Crees que en el año 1819 las mujeres vestían así y llevaban esos peinados? ¿Supones acaso que Joseph conoció a Grace en 1819? Te diré algo más, princesa. La primera fotografía que tuvo visos de tal la hizo, en el año 1839 un tipo llamado Daguerre.

—Imposible que se conocieran en un año en que ni soñaban estar en el mundo, de acuerdo. En esa época las mujeres no se vestían ni se peinaban así, de acuerdo. Lo de Daguerre, si bien no estoy al corriente, de acuerdo también. ¿Pero qué?

—¡La clave, princesa, la clave!

—¿La clave...? —repitió ella atónita.

—Óyeme bien, volcán: Voy a pronunciar la fecha de la dedicatoria de una forma que es posible te recuerde algo. 3/, 0/, 1/, 2/, 1/, 8/, 1/, 9/... y por favor, suprime el último número. ¿Qué te recuerda?

—¡Un teléfono!

—¡Exacto, princesa!

—Joseph Rosman temía olvidarlo. Lo anotó de esa forma seguro de que nadie comprendería jamás el significado. Había que suprimir un número puesto que eran ocho. ¿Lo más lógico...?

—La última cifra...

—Correcto, «agenta». Es el número de teléfono del jefe supremo. Ella, radiantes sus labios con luminosa sonrisa, exclamó:

—¡Parece imposible! Además, déjame decirte que me tienes asombrada, boquiabierta. Nunca se me hubiera ocurrido pensar eso. Yo te hacía un hombre de acción...

—Sin otro concepto de mi trabajo que la fuerza y la violencia. No, Nadia. ¡Esto es F.B.I.! Mezclar sabiamente deducción, inteligencia y fuerza. Anda... vámonos de aquí.

Dos minutos después estaban en la calle.

—¿Y ahora? —quiso saber Nadia.

—Al primer bar que encontremos. No me interesan ahora los servicios de la operadora. La telefónica confecciona varios tipos de anuarios. Por calles, profesiones. Y uno por riguroso orden de números.

—¡Mira! —ella extendió el índice hacia la esquina—. ¿No es eso un bar?

Pronto se encontraron en un extremo de la mugrienta barra con el listín bajo los ojos.

Fueron recorriendo los números. Él dejaba resbalar el índice por la hoja.

Lo detuvo en el
3 012 181.

—¡Santo Cielo! —exclamó Tony.

—¡Increíble...! —soltó ella casi al unísono—. Pero ¿no es éste...?

—Lo es, princesa, lo es. Ahí tienes. Lo increíble, lo insospechado, lo inverosímil. Una vieja ley del mundo del crimen. A veces, te formas una hipótesis. Otras, te llevas la gran sorpresa. Bueno, no hay más que pensar. ¡Andando!

Devolvió el listín al tiempo que abonaba los dos cafés que habían tomado.

De nuevo en la calle, dentro del coche, Tony al volante, inquirió ella:

—¿Qué piensas hacer ahora?

—De momento, levantar de la cama a mi buen amigo e inspector-jefe, Charles McLean. Luego, ir a por el capitán Butler...

—Pero ¿no crees...?

—No seas impaciente, Prepararé un final muy espectacular. Un caso que me ha durado menos tiempo en las manos que otros de más sencillos, se merece un digno corolario. ¿Te parece bien, princesa?

—¡Adelante, volcán!

Puso el coche en marcha.

¡ESTO ES F.B.I.!

Tardaron en descolgar al otro extremo.

Una voz soñolienta, levemente chillona por la natural sequedad de la garganta al dormir con la boca abierta, inquirió de mala gana:

—¿Quién... llama a estas horas?

El intempestivo comunicante, autoritario el tono, desgranó:

—Le hablo a través del supletorio instalado en su propio despacho, amigo. Lo quiero aquí en menos de dos minutos... so pena que prefiera que me plante en su habitación proporcionándole a su esposa el consiguiente sobresalto. Si dentro de un minuto no está aquí... ¡vendré a buscarle!

—¡Pero...!, ¡oiga!, ¿quién es...?

¡Clic!

El misterioso comunicante, sentado tras una monumental mesa de despacho, colgó en aquel momento.

Con una fría sonrisa flotando en sus labios.

Poco tardó en oír los torpes pasos de unos pies que se arrastraban por encima de la alfombra.

Abrióse la puerta.

Una mano dio vuelta al interruptor eléctrico.

—¡Buenas noches, caballero!

Él que permanecía de pie en el umbral, estupefacto, atónito, envuelto en un batín granate por debajo del cual asomaban los pantalones del pijama, tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Es usted un ladrón? —preguntó inquieto.

Una helada sonrisa nació en labios del que ocupaba su mesa de despacho.

—Soy, precisamente, todo lo contrario ¡Oh, permita que me presente! Anthony Kestrel, agente especial del F.B.I.

El del batín, más sereno, hosca ahora su expresión, inquirió desabrido:

—¿Es así cómo les enseñan en el Departamento Federal a comportarse? ¿Violando la propiedad ajena a estas horas de la madrugada?

Tony, sonrió burlón.

—Hacemos excepciones... a veces. Usted merece el honor de ser partícipe de una de esas excepciones. He venido a decirle, que cometió usted dos graves errores... *señor Laurel Clarkson*. Uno: hacer atracar su propio establecimiento. Otro: no tener en cuenta que el Banco es de la reserva federal... que el asalto sería de la directa incumbencia del F.B.I.

El otro dio dos pasos hacia adelante.

—¡Usted está loco! ¡Voy a llamar inmediatamente a la policía!

—Hágalo. Yo les contaré lo que me ha dicho Joseph Rosman hace unos minutos.

—¡Rosman está muer...!

Tarde. Había caído en la trampa hábilmente tendida por Tony de la manera más inconsciente.

De esa manera que la misma seguridad se convierte en cruel traidora.

—¿De qué conoce usted a Rosman, amigo Clarkson? ¿Cómo sabe usted que ha muerto?, señor director de la «New York Banking & Truts

Corporation». Lo han asesinado hace apenas dos o tres horas y yo he sido el primero en descubrir el cadáver, los periódicos de la mañana aún no han aparecido... y aunque hubieran salido a la calle, no podrían publicar una noticia que desconocen. Pero usted, señor Clarkson... ¿cómo sabe tantas cosas? ¿Cuáles son sus medios de información? O... ¿acaso es usted el asesino de Joseph Rosman?

El de los cabellos plateados y ojos grises, el de expresión afable y facciones bondadosas, empezó a mutar el color de su rostro.

Y de repente soltó una carcajada.

—He de reconocer —siguió el federal como si no hubiese oído la estentórea expresión de hilaridad—, que el proyecto fue ingeniosísimo. Usted conocía bien a Crane. Estaba seguro de que se dejaría embaucar por el amigo Lonsdale y su cuento del petróleo. El resto, seguir el mismo procedimiento que con Kindaid. Pero con mayor audacia. Haciéndole creer al desgraciado Crane que las sospechas... *recaerían precisamente sobre usted*. Un extraordinario

alarde de inteligencia. De esta forma, Crane no imaginaría jamás, ni remotamente que el sospechoso, el artífice, el cerebro... ¡era el director de su propio banco! La jugada que le hizo a Butler, tampoco estuvo nada mal. ¿Quién mejor que la policía para ser testigo de su inocencia? ¡Maravillosa coartada! Muchos millones, ¿eh jefe? Sin contar lo que «recaudan» sus acólitos de Francia e Inglaterra. Y ahora, ¿qué fábula va a soltarme?

Laurel Clarkson, sonriendo burlonamente, avanzó hacia el centro de la estancia.

Se detuvo a pocos pasos de la mesa.

—Es usted muy hábil, agente —habló enfático, con seguridad en sí mismo—. Se ha deshecho limpiamente de los hombres que envié contra usted. Ha descubierto lo que era un secreto poco menos que inexpugnable... ¿y qué? ¿De qué pruebas dispone para demostrar lo que sabe? Muerto Rosman... ¿qué testigo de cargo presentará contra mi ante el jurado? Lo siento, Kestrel. Ha ganado la partida, perdiéndola al mismo tiempo. Ha llegado hasta el jefe supremo de la organización, pero... ¿cómo lo demostrará, señor agente del infalible F.B.I.?

Una risita irónica bailaba en los ojos grises del cerebro rector de la banda más audaz que jamás se conociera.

Tony, fingiendo pesadumbre, inclinó la cabeza.

—Tiene usted razón, señor director. Esa misma pregunta me la he efectuado antes de venir aquí. Y la respuesta ha sido tan sumamente sencilla, que no he podido evitar una interminable sucesión de carcajadas. Lo más importante, me he dicho, era pillarle a usted por sorpresa. Cuando uno se levanta de la cama, generalmente suele tener la mente espesa, y si eso ocurre a las tantas de la madrugada... más que espesa, atrofiada.

—¿Y qué ha logrado con tanto devanarse los sesos, agente?

La sonrisa de Tony, pretendió ser tímida.

—¿Qué...? ¡Oh, nada! Simplemente, inducirle a reconocer que es usted el jefe de la banda por medio del burdo ardid, que dicho sea de paso no hubiera engañado ni a un niño, de que Joseph Rosman estaba vivo sabiendo que usted sabía que está muerto. Pero necesitaba que lo dijera usted...

—Y mi confesión, ¿de qué le sirve, agente?

—¡Por favor, señor director, no sea usted impulsivo! Deje que

termine de explicarle lo que he pensado antes de venir a... molestarle. Yo, me preguntaba... ¿quién sentirá una profunda simpatía, un cariño desatado por el jefe de esa banda? Y... ¡zas!, mira por dónde me he acordado del capitán Butler, diciéndome: «Qué inmensa alegría no sentirá el capitán por saber que el mismísimo señor Laurel Clarkson se rió de él por partida doble...». Así qué, sin pensarlo demasiado, he decidido levantarlo de la cama, contarle mis aventuras... y preguntarle: «¿Quiere ser testigo de excepción en el momento que el siempre alabado y nunca bien ponderado señor Laurel Clarkson, reconozca implícitamente que es el jefe de tan osada banda de atracadores? —Alzó la voz, bruscamente, preguntando ahora—: ¿Y qué me ha contestado usted, capitán?».

Ondularon las cortinas de terciopelo que cubrían toda la extensión de las paredes, principalmente los amplios ventanales que daban al jardín.

Apareció en escena, frente al otra vez estupefacto Clarkson, la figura ominosa de Warren Butler.

—He contestado —silabeó con ronco acento el capitán de la Policía Metropolitana—, que no sólo sería un testigo, sino que muy gustosamente le retorcería del pescuezo a esa «gallina» asquerosa que...

Brusca, veloz, repentinamente, Clarkson hundió las manos en los bolsillos.

Sacó la diestra empuñando una automática de superior calibre.

—¡Atrás, Butler! ¡Colóquese junto a la mesa! ¡Usted, Kestrel, de pie! ¡Los dos con las manos bien altas!

Obedecieron ambos.

—Y ahora... —Tralló la voz ronca del director—, les voy a enseñar quien manda aquí.

—¡Mejor hará tirando esa pistola, Clarkson! —tronó de improviso una voz, a espaldas del banquero.

Se revolvió como una fiera, dispuesto a disparar sobre el nuevo intruso.

Pero Tony ya estaba en acción.

Tras un salto fabuloso de Warren Butler se pasaría muchos años pensando como lo había efectuado, salvó la mesa, planeó por el aire como un reactor, cayó sobre Laurel Clarkson una fracción de

segundo antes de que éste lograra oprimir el gatillo, pisoteó la muñeca armada antes de que el otro consiguiera ni darse cuenta de que sucedía y le arreó un soberano puñetazo en la mandíbula.

La cabeza de Laurel Clarkson rebotó contra el alfombrado.

Charles McLean, sin darle tiempo a reaccionar, se abalanzó hacia él esposándolo con habilidad.

—Tiene muchas cosas que explicarte Charles. No dudo que sabrás «exprimirlo» bien. ¡Menudo «argumento» le largarás al fiscal, amigo!

Warren Butler caminó lentamente hacia Kestrel.

Con una nobleza y emoción que su rostro traslucía claramente, tendió su diestra al federal.

Exclamó, atronadoramente:

—¡Esto es F.B.I.!

Tony le estrechó la mano con efusión.

Luego, tras darle una sonora palmada al inspector-jefe en la espalda, dijo:

—Ustedes sabrán disculparme, caballeros. Pero tengo un asunto de importancia capital que atender. ¡Buenas noches, qué descansen bien!

Se perdió tras los tupidos cortinajes de terciopelo, saltando al jardín por la misma ventana que le había servido de acceso.

Y mientras caminaba rumbo a la verja, iba tarareando a media voz:

*Yo quiero estar contigo
sólo contigo,
amor, amor.
Mira cómo me tienes,
hasta que vienes...*

LO SIENTO... ¡INTERPOL!

Ocupaba un cuarto muy coquetón del «Ambassador».

Pero más coquetona estaba ella.

—Princesa, si pudiéramos consultarle al espejo mágico de Blanca Nieves, respondería: «Eres tú la más hermosa».

Nadia, revueltos los rubios cabellos, caídos negligentemente sobre la subyugante bata, sonrió irónica.

—¿De veras, volcán?

Arqueó las cejas.

—¿Lo dudas?

Y dio dos pasos en dirección a la hermosa mujer, con la clara, elocuente y evidente intención... ¿de qué?

Claro, ¡de besarla!

El tercer paso no lo completó, debido a la automática que acababa de nacer en la mano derecha de Nadia.

—Me besan, cuando quiero. ¿Lo sabías, «fed»? Ahora, tú misión ha terminado. ¡Si te he visto, no me acuerdo! ¡Largo de mi habitación!

Se encogió de hombros.

—Desagradecida... bueno, de eso el mundo está atiborrado. Luego de resolver tu problema en horas, ¡ya ves!, mira como me pagas.

—¿Qué esperabas, volcán? ¿Qué cayese rendida entre tus brazos diciendo: «Tony, amor, bésame»? Pues, en esta misión, ¡has fallado! ¡Fuera, agente!

Volvió a encogerse de hombros.

Inició la media vuelta para salir de la estancia.

Pero como si tuviese un oculto resorte bajo la suela de los zapatos, se proyectó sobre ella en nuevo alarde y demostración de elasticidad y facultades físicas.

En un abrir y cerrar de ojos se vio desarmada.

Forcejeó inútilmente.

En aquel instante, llamaron a la puerta, con suavidad, unos nudillos prudentes.

Se separaron.

Ella sonriendo satisfecha por la feliz coyuntura dijo:

—¡Adelante!

Se abrió la hoja de madera para dejar paso a tres, hombres vestidos de riguroso luto.

Uno de ellos se adelantó hacia los ocupantes de la estancia, diciendo:

—Soy, Mickey Viaderk, juez de paz de este distrito. Acabo de recibir una llamada diciendo que me presentara en la habitación 107 del «Ambassador» para celebrar una urgente e íntima ceremonia. Estos caballeros que me acompañan, son los testigos. ¿Están ustedes dispuestos?

Tony, esforzándose por no reír a carcajada limpia, musitó:

—Te lo he advertido, princesa. Un final espectacular. Lo siento... ¡Interpol!

—¿Están dispuestos? —insistió el estirado Viaderk.

—¡Oh! —exclamó Tony—. Más que eso, ansiosos.

Media hora después, tras un beso de los que merecía una «exaganta» de Interpol, insinuó Nadia:

—Maridito... ¿quieres recoger mi pistola?

Lo hizo.

Y comprobó, estupefacto, *¡qué estaba descargada!*

—Viejo como el mundo, volcán. Lo que más se apetece, es la fruta prohibida.

Tiró el arma hacia un rincón.

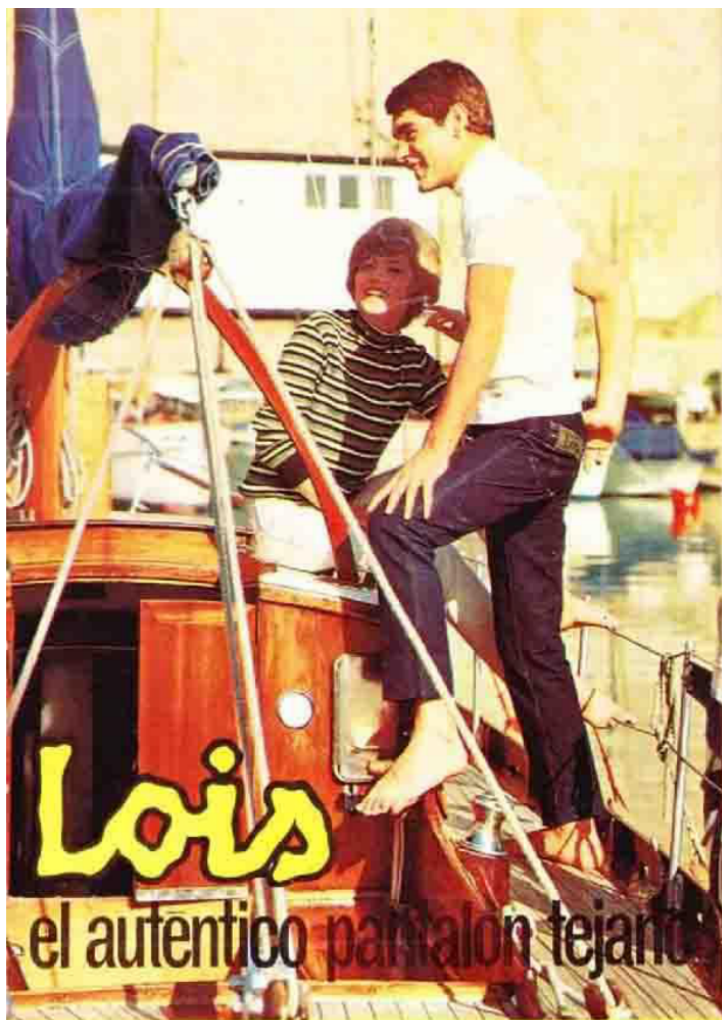
Sonrió.

—Es cierto, Nadia. ¿Por qué no me invitas a comer de la fruta prohibida...?

Un tenue susurro que apenas llegó a oírse fue la respuesta.

Lo siento, amigo. Tampoco yo puedo oírlo.

¿Eres imaginativo...?



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

